

La Joven Personalidad de Víctor Rubio

VÍCTOR RUBIO no es una incógnita en el panorama literario de esta hora en El Salvador, aunque bien puede ser un desconocido para muchos. Os diré la razón de esa antinomia. Rubio no es un escritor para el «público municipal y espeso» que decía Rubén; ni fatiga su imaginación en torno a las vitrinas del mundo donde se abaratan los temas; ni intima con la cursilería ambiente; ni angustia su cerebro entre las luces poliédricas de una falsa pedrería. Rubio es un espíritu selecto para auditorios de selección. Sabe sintonizar con fervor la rapsodia humana que se eleva en espirales de ascensión hacia las altas esferas del pensamiento; ensaya,—joven alquimista,—con fórmulas y teoremas filosóficos y quema los cinamonos de su espíritu en las catedrales de más hondos y escogidos ideales. Su rito, pues, no lo oficia para las multitudes embriagadas de frivolidad, que se alucinan de artistas de la pantalla y de mastodontes del box, de eventos hípicos y cenáculos de «la bonne amitié»,

* — * — *

**ESTUDIO DE UN
HUMANISTA: VINCENZI**

* — * — *

sino para lectores que saben leer cómo quería Santo Tomás de Aquino: entendiendo, comprendiendo, sintiendo; para aquellos que van a las páginas de los libros como Reyes Magos de esta eterna Navidad de la Cultura, no a asesinar las horas, sino a embeberse de la luz de la Experiencia y a magnificarse con los óleos de la Sabiduría; para los que andan por los laberintos de la vida con los ojos llameantes del espíritu en busca de las siete lámparas de la arquitectura del mundo que clamaba Jhon Ruskin.

La joven mentalidad de Víctor Rubio no despilfarra su siembra, no inmola su esperanza, no hace zozobrar la barca de su fe. Hay densidad en lo que escribe. Su red nerviosa parece besada por una brisa sedante a pesar de que sus páginas lo detallan como un sembrador de inquietudes. Esta es una paradoja mas en su fisonomía de escritor. Las ideas, en los hombres de ideas, tienen esa virtud procreativa, esa cualidad de movimiento germinal dentro del reposo de las meditaciones. Se puede ser un manso pastor de ensueños y de lampos, a la vez que un manojo de energías contorsionadas en el gigantesco esfuerzo por quebrar la costra de su barbarie y hacer mejores a los hombres, bestias descarriadas en el eterno y trascendental drama de la humanidad.

Víctor Rubio es un ciudadano militante de

altas ideologías que hace superfluo buscarlo en otras ubicaciones. Sus panoramas internos, dentro de los inmensurables límites geográficos de su espíritu, aparecen infiltrados de esencias superiores, con tendencia a mas perfectos modelados de la arcilla humana. Su visión es anchurosa en busca de ecuaciones y de términos. La punta de arado de sus concepciones rotura la gleba ilustre y magnifica el esfuerzo estructurador de conciencias. Tiene en su apoyo un estilo sobrio, sin circunstancias difíciles, fluvente y persuasivo. Su juventud va, en progresiones geométricas, del logro propio, elaborado con virtud y con paciencia, a una periferia que se dilata en las probabilidades ajenas. Es una juventud con luz personal, de combustión esotérica, cuyos alcances habrá de determinar el progreso de su propia cultura.

Hasta hace poco yo ignoraba detalles de la joven e interesante personalidad de Víctor Rubio. De su obra apenas conocía algunos artículos de periódico que se distinguían por la seriedad de sus temas. Tenía noticias de sus luchas en el aula, en la dolorosa y sangrienta reproducción de sus estudios normalísticos, pero ignoraba su labor ya estructurada en las páginas de pequeños libros, pequeños por su cuerpo físico, pero grandes por su contenido evangélico, clarificador de un alto destino de las conciencias. Ahora he establecido una relación mas íntima con

sus ideas y me ha sido grato encontrar la veta fecunda de muy preciosos minerales. Sus asteriscos filosóficos, sus modalidades constructivas, su esperanza en un futuro de clímax más propicio a la perfectibilidad, hacen de su espíritu una creencia y una fe en muy esplendorosos destinos. Para su juventud, la madurez de principios alcanzada es un signo prometedor. A su edad otras inteligencias privilegiadas como la suya se contentan con hacer piruetas en las cuerdas líricas de los románticos instrumentos. El no. El penetra más hondo en el estudio de mas complejos problemas. El quiere hacer de cada uno de los instantes de su vida una oportunidad de cultivarse y de cultivar a los demás. Realizar el milagro físico de los cristales selectos, que la luz que reciben la multiplican y la dan.

Agenor Argiello.



ADVENIMIENTO

NACE en Tres Ríos, aldea de Costa Rica, el día tres de febrero de 1895. Su padre, un italiano aventurero, Ceferino Vincenzi Bassi; su madre, Susana Pacheco Fernández, nativa del lugar. La raza del padre cuenta con la madurez del pensamiento; la de la madre, con el sentir recóndito, generador de melancolía. He aquí los posibles factores hereditarios de este niño.

Pero ahí está también el ambiente: floración jocunda del trópico; orgullo imponente de las montañas; limpidez ilímite del cielo..... El niño ha empezado a jugar en medio de esta maravilla de bellezas. Su ojo se ha llenado del asombro tropical introduciéndose al alma en olas de inefable sentimiento.

Y aquí viene otro factor más en la formación de la personalidad de este niño: la escuela. La escuela con todas sus verdades y sus mentiras; con sus métodos artificiosos y débiles; con sus formas indiferentes y frías. Paradoja angustiosa: la institución que pretende hacer hombres, los destruye en la nivelación violenta y absurda de las almas. Sólo los predestinados que saben defender sus características personales desde la infancia, se construyen a sí mismos, a despecho de la presión sistemática de la escuela y de las revueltas del ambiente. Tal el caso de Vincenzi. Por eso, nunca fué buen alumno en la escuela.

Sus compañeros lo dejaban atrás en las lecciones, y no le importaba. Tenía, sin saberlo, la conciencia recóndita de su destino. Y era a esa conciencia a quien obedecía, a su *demonio interior*, como diría Sócrates. Ese *demonio* que en los mediocres se duerme.

Sus maestros terminan por decir que Moisés tiene muy mala inteligencia. Y dicen *su verdad*: no sabe repetir lecciones. Pero también la madre está preocupada. «Ven, hijo, le dice con frecuencia para aconsejarlo. ¿Por qué no pones atención en las clases? Tú no eres un tonto. ¿Verdad que no eres un tonto?» Todo es en vano: la escuela no consigue, con sus métodos y sus formas de educar, interesar su espíritu. Y su mundo continúa girando sobre sí mismo, con obsesión.

A los doce años se encamina, con una beca ganada, al Liceo de Costa Rica. El mismo no se explicaba, años más tarde, por qué milagro obtuvo esa beca. La madre se queda radiante de contento, viéndolo partir. Cinco meses más tarde regresaba a Tres Ríos, con la noticia de haber perdido la beca. Estudia enseguida, por insistentes empeños de la madre, los tres primeros años de Humanidades. Y luego ingresa al Primer Curso Normal de la sección anexa al Liceo. A los dos años era retirado de la Normal, con pésimas notas.

Se confirmaba una vez más, que la naturaleza rara de su mente no encontraba acomodo en las formas didácticas de la escuela. Encontraba un abismo entre la monotonía con que en ellas se mostraban los conocimientos, y la multiplicidad

inagotable y sorpresiva con que los vierte el mundo. Pero esta vez hay algo más en el fracaso de sus estudios: un duelo moral. Oye hablar a sus maestros y compara sus palabras con sus actos. He aquí que son míseros mortales llenos de hipocresías y de vanidades. En el aula, apóstoles verbales; en la vida, logreros comunes. Ideológicamente: bébiles, dispersos y confundidos; no obstante con una envoltura más alta que la de Aristóteles. Sin poder evadirlo, se lanza a fondo contra esta mascarada pedagógica. Su expulsión de la Escuela Normal, fue pues, un triunfo moral, a despecho del bienestar de la materia.

Su conciencia se va afirmando cada vez más. Cada golpe recibido va aumentando su luz interior, cual si fuera un choque de pedernales. Las heridas de la incomprensión y la bajeza, conviértense en acicates para ascender. Llega un momento de su adolescencia, en el cual no sabe si ama o desprecia al mundo. Estos sentimientos se confunden en su interior. ¿Por qué habríamos de reprochárselos? ¿No era una consecuencia, esta vacilación, del trato que en varias circunstancias habíanle dado los hombres? ¿Qué de raro hay, entonces, que esta vez de su expulsión, la dignidad se le trueque en espada, espada presta a tomar venganza? La venganza es sublime cuando se toma contra el fango. Está dispuesto, pues, a vengarse de todos y de todo lo que ha tratado de humillarlo. ¿En qué forma será esta venganza? No por cierto, devolviéndoles el cieño al rostro. Elevándose sí; alcanzando gloria. Esta es ya una obsesión consciente, dirigida por su voluntad.

De aquí arranca la actividad. Se somete a

torturantes disciplinas. Hace una escuela individual, ya que las colectividades no habían sido lo suficientemente fuertes para forjarlo. Busca libros a todo trance. Lee, con una ansiedad patológica, diez horas del día. Y medita y discute a todos los autores que van pasando por sus ojos. Ha parado la vista, con asombro y osadía, en las selvas de los filósofos: No tiene más que diecisiete años en esta época, y ya leyó la obra entera de Aristóteles y buena parte de Nietzsche. Con ese bagaje de ideas llega, en calidad de oyente, a la Facultad de Derecho, en donde permaneció dos años. Obtiene así mismo el Certificado Elemental de Pedagogía. Se coloca de maestro en Santa Cruz de Guanacaste; y, más tarde, en Puntarenas.

Es el álgido año de 1914. La crisis política del mundo da pie a infinidad de escritores, para hacer opinión en periódicos y revistas. El muchacho se decide a aprovechar esta oportunidad, para manifestarse como intelectual. Desgraciadamente, lo hizo sin acierto. El cúmulo de sus ideas y sus inquietudes estaba fuera de todo mapa político. Sus opiniones, sobre este aspecto, tuvieron que ser rigurosamente ingenuas.

Nuevamente se ve impelido a refugiarse en las sombras, para aparecer más tarde con un libro de sugerencias filosóficas. Careciendo de dinero, la edición de esta obra fue un esfuerzo supremo de Vincenzi. La presentación pobre e inelegante de la obra; el nombre de su autor, completamente desconocido en las esferas intelectuales; la oscuridad y el desorden con que están tratados en ella, los problemas de la metafísica. Todo esto trajo como resultado la indiferencia y cierta

hostilidad ante el esfuerzo pujante del muchacho. Una gota más de hiel rueda por su alma, confundándose con la inefable alegría de su íntima victoria; y una ráfaga de fuego se levanta de su fondo, reforzando el incubado propósito de alcanzar gloria para vengarse.

Se dirige de nuevo a la Escuela Normal. Va dispuesto a terminar sus estudios, que dejara trancos años antes. Hay que agregar que, en gran parte, tomó esta decisión por influencias de la madre, quien no perdía la oportunidad de aconsejarlo. El padre no podía ocuparse directamente de su educación, pues su vida transcurría en comarcas inhóspitas del Atlántico, trabajando y peleando con los elementos en la montaña.

La Escuela Normal de Heredia, a donde había llegado Vincenzi estaba dirigida por uno de los espíritus más instruidos de Costa Rica y América Central: Roberto Brenes Mesén. Este hombre supo ver algo más en el pensamiento de Vincenzi, y se dedicó a la tarea de descubrirlo, a pesar del carácter extraño y absolutamente desnudo de convencionalismos, del joven. Le habla del laberinto de su forma y de la profundidad de sus ideas. Le llama, en forma amistosa, *joven filósofo*. Al amparo del talento maduro de Brenes Mesén, disciplina el cúmulo desordenado de sus ideas, hasta donde le fué posible. Publica la Segunda Serie de sus Ensayos Filosóficos; y recibe, finalmente, el título de Maestro Normal.

Es el año de 1916. Lo vemos, lleno de alegría, pensando en la madre, portar el cartón profesional.

Se le nombra director de la Escuela de San Rafael de Heredia. Y a poco, contrae matrimonio con Vitalina Peñaranda Campos, también maestra y titulada en la misma escuela. Va a ser la dulce compañera que le dará con el tiempo, ocho preciosos brotes: Ofelia, Attilio, Ana Rosa, Vera, Alfredo, Brunello, Nora e Isa María.

Pero volvamos al joven. ¿Qué clase de recibimiento ha tenido su segunda obra? Esto es fundamental en la existencia de todo pensador. La influencia de Nietzsche, el más osado y más libre de los filósofos, había encontrado morada propicia en el alma enconada de este joven pensador, quien ve en el ambiente intelectual que le rodea, una jaula que intenta impedirle su vuelo. Los progresos obtenidos en este segundo esfuerzo alarman a sus amigos y a sus enemigos. Estos últimos quisieron nublar su mérito riéndose de él, o simplemente olvidándolo.

En suma, la actitud de Vincenzi, hasta aquí, como escritor, había constituido una verdadera agresión para el tinglado intelectual de Costa Rica. Amenazaba romper los límites ideológicos del país, con indómitas ansias de libertad.

Terminará por quebrar el reducido escenario, en donde, a la manera de un intruso, ha empezado a tomar parte en la escena.

EL AMBIENTE

“**E**L libro va destinado, según sus tendencias, a cierto número de lectores. Y es magnético cuando excita la atención de su ambiente, no como un simple espectáculo, sino como una fuerza dominadora. A veces no encuentra el clímax propio, en su misma época. **LOS FUNDAMENTOS DE LA MORAL** de Schopenhauer fracasaron en un concurso: hoy se ignora el nombre del victorioso sobre él. Al autor de **HUMANO, DEMASIADO HUMANO**, se le rechazaba violentamente en las casas editoras. Las obras dedicadas a comentarlo forman verdaderas montañas en el siglo XX. En la época moderna viven de su pluma, en particular, los escritores fáciles. Los otros van, de fracaso en fracaso, pospuestos por la mediocridad, a la fatigosa antesala de los magnates. Rousseau no era más que un mendigo; Dante, un desterrado; Horacio, un parásito de Mecenas; Sócrates, un pobre diablo. Y tú, ¿quién eres? ¿Un Dante, un Horacio, un Sócrates?»

Nunca ha sido propicio el ambiente para quienes, como los hombres que cita Vincenzi en el párrafo anterior, sobrepasan los alcances del mismo. El genio asciende rasgando y ensangrentando sus alas en el ascenso. Es el rescate que da a la tierra, a cambio de su inmortalidad. Costa Rica, llamada la Atenas de América por su profuso cultivo de las bellas letras, no ha sido, sin embargo, ambiente propicio para el desenvolvimiento de Moisés Vincenzi. Un alma de ori-

gen europeo por la sangre paterna en comunión con un talento predestinado, tenía que sentirse reducida y mutilada en el ambiente, todavía provinciano, de Centro América. Esta ha sido, es y sigue siendo la tragedia de Vincenzi el filósofo. Centro América no ha entrado aún en las verdaderas corrientes de la filosofía. Es verdad que sus literatos y pensadores leen, estudian, interpretan y comentan los sistemas filosóficos antiguos y modernos; pero no crean filosofía; no desentrañan de los abismos objetivos y de los del alma, su propio sentir y pensar filosófico. Se conforman en lo que a esta honda disciplina se refiere, con rumiar ideas ya cristalizadas. El caso de Vincenzi es, pues, de fisonomía trágica en el ambiente literario de Costa Rica. No vamos a decir que su patria no le reconoce la elegancia de su estilo y la fuerza viril de sus períodos. Sólo que no ha sido lo suficientemente madura para advertirlo en sus más hondas proyecciones: sus aportes a la metafísica. Sin duda, esta labor de reconocimiento y valoración de su obra, queda para el porvenir. No otra es la trayectoria seguida por casi todos los grandes valores de la cultura: vivos, incomprendidos; muertos, glorificados. Al genio nunca lo ha podido asimilar el presente. Por fortuna, el medio social no se ocupa más que del presente. El pasado, la revisión de esa realidad consumada, es privilegio de hombres superiores. Si el medio social tuviera que decidir sobre el pasado y sus valores, probablemente estarían en el olvido, Sócrates, Platón, Aristóteles, Nietzsche, Descartes y tantos sabios más que alumbran los rumbos del pensamiento humano. No fue la multitud quien erigió la estatua inmortal de Sócrates. La esculpió

el divino Platón. ¡Qué iba a saber el pueblo ateniense de la profundidad filosófica de ese hombre que de tan feo provocaba la repulsión a los ojos materiales!

Al pueblo heleno no le fue difícil asimilar la belleza del Parthenón y la más humana, todavía, de la Venus; la armonía épica de una Iliada; la elocuencia de un Demóstenes. Pero fué impotente para transfundir a su sangre, a través del cerebro, el sorprendente desfile de grandes ideas, con que enriquecieron su historia, los más altos valores del Atica. Es que la belleza penetra por los sentidos; la sabiduría, en cambio, ha de pasar por el filtro de la mente, para ser incorporada, ya venga de otros cerebros, ya de la Vida misma. Y, cualquier universitario lo sabe: el desarrollo profundo de la mente no es función general: es milagro que se da a grandes plazos en el seno de los grandes y antiguos pueblos. Atenas es la excepción de la regla.

Centro América, el medio ambiente de Vincenzi, ni es grande ni antigua. No es lo primero, porque está separada por cinco fronteras absurdas, sostenidas sólo por la desidia de los más y los intereses creados de los menos. No es antigua, porque la fusión con la sangre ibera la colocó en trance de renacimiento biológico. ¿Qué otra actitud se puede esperar de este medio incipiente, ante la realidad de un filósofo que manifiesta la mayor y mejor parte del pensamiento occidental? El desconocimiento, y la consecuente indiferencia del pueblo centroamericano, aún del letrado, para con Vincenzi en lo que toca a su ángulo filosófico, no podemos, pues, atribuirlo, a envidia o ingratitud. Es razón de incipiencias

Por esta incipienca, se le para el vuelo y se le cortan las alas en su Patria. La misma incipienca griega que se expuso al índice de la posteridad, apresurando la muerte del griego más sabio del siglo IV antes de Cristo. ¿Qué habría sido de ese gran pueblo, si este hombre y los otros de su misma extirpe no hubieran existido? Dormiría el sueño oscurísimo de los pueblos olvidados.

No obstante, esta presión incomprensiva del ambiente sobre sus grandes hombres, es necesaria: reúne las energías dispersas del genio, preparándolo, de esta suerte, para las más duras conquistas. El genio, lo dijimos ya, sólo sube con la inmólación de su sangre. Sólo puede subsistir en el clímax de la batalla heroica con la vida. Fuera de esta lucha, el brazo se inmoviliza y el pensamiento se apaga. Pero su característica esencial de encontrarse a miles de codos más alto que su medio, le plantea ya la batalla: el vulgo no choca con las yerbas del sendero; pero la visión retadora de la montaña lo agobia y le fastidia.



RETRATO

⁹⁵ **U**NA frente alta y unos ojos muy tristes; un hombre de apariencia mediterránea, y ya está. » Envió estas simples frases a Carmen Lira, en ocasión en que esta escritora le pedía, para una revista norteamericana, su retrato escrito por él mismo.

Símbolos nada más, lo de sus ojos y su frente. Símbolos de realidades más hondas que las de su fisonomía facial. Los ojos dicen de su alma; la frente habla de su talento. ¿Qué expresan estos símbolos?

El alma lo lleva, contrito, al amor universal que predicara Jesús. En el seno de ella ha depositado, perdonando a sus enemigos y perdonándose a sí mismo, la sangre derramada en el combate, siempre mezquino, de la vida ordinaria. Combate provocado por las envidias, las calumnias, la grosería de unos, la soberbia de otros, la hipocresía de éstos, la incompreensión de los más.

El talento, por una paradoja ética inexplicable, lo arrastra a la venganza; al uso del látigo. En tanto su alma perdona y olvida, su talento proyecta y aguarda el momento propicio para el asalto. Felino el uno; dulce y nazarena la otra. Característica del santo, el perdón y el olvido; del hombre terreno, el encono y la venganza; pero también del genio esto último. Miguel

Angel no perdonará ni en la tumba, a sus enemigos.

Esta pugna de su grande alma con su aplastante y orgulloso talento, reviste una fisonomía más trágica que la de su personalidad con su medio. Al cabo, esta última no es más que un reflejo de la primera. Todos sus fracasos sociales los ha preparado él mismo, bajo la presión secreta de su destino. Hombre nacido para el combate, ¡genio, al fin!, no podrá dominarse a la tentación de herir. Afilado como una espada, sus heridas se hacen sentir en lo más hondo, y su choque pulveriza. A la manera del Dante, construye una celada para sus enemigos, con sus obras; y ahí los castiga sin piedad. ¡Ay de la mirada equívoca, de la frase equívoca! El verá en ella un nuevo insulto, una ofensa más. Y su reacción no se hace esperar: «Aquí estoy enemigos míos: os veo desde hace años, buscando la grieta con ánimos de partir el bloque. Os reconozco en la sonrisa engañosa que me otorgáis en la esquina o en el parque; os veo llegar, diabólicos, en mil formas diversas. Aquí estoy forjándome, día a día, con mi propio hierro. Estáis en deuda conmigo: no habéis hecho otra cosa que mancharos con vuestra propia intención de mancharme.»

Y cuando no son la mirada y la frase sospechosas, provoca a la indiferencia que lo circunda: «Cuando me han sentido pasar y se hacen los sordos, he conocido el valor de la envidia y les he sonreído a mis virtudes »

El credo ético de su talento personalizado, se resume en esta otra de sus más auténticas frases: «Al ataque diario no contestes con las armas de

los viejos combates: desenfunda el acero recién templado.»

En presencia de su altanería, no son pocas las veces que se está tentado a aprobar esta exaltación del YO, que lo lleva hasta la violencia para imponerse, contra todo y contra todos. Porque nada arredra a esta fuerza del talento trocada en característica raigal. Esto no quiere decir que, a la postre, lo aceptemos tal como es. Mucho menos que lo recomendemos como un paradigma. Es verdad que el látigo lo usa únicamente para el reptil que se lo merece; para el canalla que lo reclama. A los otros, los torpes e incomprensivos, los hace sufrir el espectáculo de su ascenso. ¡Vuelve a tu alma, megalómano!, le gritaríamos nosotros, en el instante de elevarse, embriagado, en el vértigo de la gloria.

Aquí está, en efecto. Llena la mente de incertidumbre, en presencia del alma, que lo ha desnudado y le muestra su imagen subjetiva, tal cual es. Dolorido por la lucha vana; por los afanes que ahora se le antojan ingenuos. Está en oración frente a su alma. Es el alma eterna—no la humana—que lo lleva a la comprensión de la eternidad. Su palabra, ahora, se vuelve humilde y trascendental, y, por lo mismo, bíblica: «Si somos un simple sueño, una pesadilla de la divinidad, un suspiro o una lágrima, entonces hay Dios para soñar, para suspirar, para llorar sobre las imágenes de su fantasía misma.» «Realidad divina, ¡acumúlate en mí!»

La potencia de su ser se pone ahora al servicio de la virtud, de la más pura virtud, plena de fervor. Las imágenes de Jesús descienden a sus

párpados..... «Su obra es tan sencilla y tan profunda a un tiempo; tan mediata y tan inmediata; tan material y tan espiritual, a la vez, que asume, indudablemente, la totalidad de lo divino, en la profundidad de una simple mirada o en el temblor de una lágrima.» Esto ha dicho pensando en el divino nazareno. Y luego; «Nada parece oponerse a sus dictados morales: ni el látigo que hiere la espalda del fenicio, ni el precepto que llena de amor el pajar del mendigo, o la alcoba, cincelada en oro, de la reina que sufre. Ni el sermón que rectifica o castiga, ni la palabra que perdona al lancero que le hiere el costado; ni la voz que regaña al discípulo que le defiende con era, ni la del malvado que le entrega con un beso; ni los afectos terrenos que pospone en su ascenso, ni las ofensas que olvida en la plenitud de su gloria. Nada le niega su virtualidad, porque todo lo afirma en ella. Tiene por grada una cruz y por corona el ámbito infinito del cielo.»

A medida que sus labios pronuncian esta oración, extraída de lo más hondo de sí mismo, en su ser va operándose la transmoción hacia el cristianismo auténtico. Sus últimas frases nos hacen sospechar el milagro: «Quienes han deseado torcer sus ideas, han muerto, alzando los brazos, al pie de la cruz. Quienes han pretendido apartar la influencia indestructible de su sentimiento, han terminado ahogándose en él; quienes han actuado contra sus símbolos y sus hechos, han terminado removiendo su conciencia en la desesperación. No hay modo de negarlo, sin perder la esperanza y la serenidad del aliento. Porque es fuerza que nos pone en paz con nosotros mismos; en paz con el mendigo que nos tiende la

mano; en paz con el criminal que nos hiere, con el enemigo que nos calumnia, con el habitante desconocido de la estepa lejana y con el servidor que nos prepara la mesa; con el que nos levanta y con el que nos hunde; con el que nos humilla y con el que nos glorifica. Porque es amor desnudo que no hace tambalear las oscuras filosofías, ni las arrogantes ciencias. Porque es el eje esencial en torno de cuyos poderes, toda la vanidad humana de la máquina y de la falsa cultura, se despedaza y se anonada.» «No hay nada que se le oponga, porque es la vida en sus formas supremas.»

La fe en Dios se acendra, de esta suerte, en su alma: «Si Dios no existiera—proclama—, el Universo sería un disparate infinito.» Su yo alcanza la máxima plenitud en estos instantes de identificación con su propia alma inmortal. ¿Qué importan, entonces, los sufrimientos provocados por los hombres? ¡Acaso sean necesarios, como una prueba de energía, en la evolución de las almas!

Su actitud con los hombres, ahora, aún con aquellos que lo dañan, se torna sabia. Golpea únicamente con el ánimo de corregir. Se esfuerza por dar a su látigo la misma virtualidad del que empuñara Cristo para enderezar a los descarriados mercaderes del Templo. Hay varios grados de la caridad, nos dice: «La dulce y suave que da por el goce mismo de dar; la que estudia un propósito determinado, para dar con provecho; la que niega o golpea, para levantar el ánimo del mendigo.» «Sé que es posible dar con el mendrugo, con la flor, con el silencio y con el látigo». Su concepto del castigo es aquí, profundamente

ético: «Hierre, si tienes la seguridad de que la herida hará las veces de un surco presto a sembrarse. El estilete hace aquí el papel del arado. Pero si la herida es excesiva, restáñala, sacrificándolo todo.» A fuerza de viajar por los rumbos del alma, ha llegado a la sublimidad sencilla y honda a un tiempo, del Maestro, del Humanista, del Hombre en paz con la Vida.

Pero aun hay resabios de su otro costado. Los hombres, inconscientemente, están empeñados en sacarlo de su pretendida pureza: en arrojarlo al pecado. Resiste las calumnias por mucho tiempo, con el goce íntimo de saberse inocente. Pero, al cabo, es humano, y tiene que salir al tumulto, para cumplir su destino. El choque es inevitable entonces. Su ancestral espada se yergue una y otra vez más, para defender sus virtudes amenazadas. Aunque ya no todas las veces hierre: a veces perfuma al introducirse, o baña, derretida en lágrima.

En la penumbra del horizonte lejano, vemos levantarse la figura de este gigante, en una doble y contradictoria actitud, de la cual no es él, al fin de todo, el responsable absoluto.



LA CONQUISTA DEL ESTILO

EL estilo es al escritor, lo que el carácter al hombre. Es necesario ser hombre para poseer un carácter; precisa ser escritor para tener un estilo. No hay escritor de fama—de fama auténtica—que carezca de formas características, inconfundibles, en cuanto piensa y escribe. Montalvo es un paradigma del estilo en nuestro Continente. Lo mismo Rodó, aunque con menos aristas que el autor de **LOS CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES**.

Vincenzi ha realizado también, el viaje azaroso hacia las fuentes de su estilo personal, al través de la propia hebra de su vida. Pues no hay manera de llegar por otro rumbo al estilo, que el de las propias arterias. No son los preceptos de ninguna retórica encajonada, lo que imprime arquitectura a la expresión: es el batallar incesante con el mundo, objetivo y subjetivo. La retórica cuelga los crótalos y talla los arabescos; el alma libera y expande la imaginación, extrayendo, por último, el motivo artístico de todo lo informe.

Escritor manufacturado en libros ajenos, es reflejo no más de otros escritores. Vincenzi no escuchó esta verdad, en su mocedad, sólo con los oídos: la oyó con todo el cuerpo y la incorporó a su sangre: única manera de convertir en experiencia y sabiduría, el contenido de los conceptos. Tomaba libros para conversar con sus autores: no

para escucharlos pasivamente; para discutir con ellos; no para aceptarlos dogmáticamente. Y no han sido pocas, en verdad, las ocasiones en que ha tenido que oponerles objeciones desesperantes. Ha revisado, con minuciosidad de filósofo, las verdades antiguas más amplias; y muchas de ellas han sufrido el desmoronamiento, bajo la acción de su análisis. Su obra **MI SEGUNDA DIMENSION** es una embestida a fondo, a la filosofía y la matemática clásicas.

Esta actitud espectante hacia adentro y hacia afuera de sí, le ha desentrañado los caminos propios de su yo. Ha logrado bañarse, de esta suerte, en los raudales de su propia fuente ideológica. De igual modo ha llegado a la del sentimiento. Vadeando los canales del corazón; y a la del deseo de su yo, a través de las aguas de su pasionalidad, sometidas continuamente a la acción del análisis meditativo.

Ya puede decir, siquiera en medida relativa, que piensa con su mente, siente con su corazón y desea con su auténtico volumen pasional. Imposible creer que de esto no resulte una expresión personal, única en cierto modo. Si su yo opera en forma diferenciada al del resto de los seres, natural es que la expresión de este yo, se manifieste diferenciada, original. El reflejo de esta expresión ha de ser, para manifestarse sincera, el de su realidad interna. No hay escritor de estilo vigoroso y alma débil; ni de alma fuerte y estilo afeminado. En ambos casos, el estilo no es propio de ellos: son simples vasos que contienen la fuerza del vino; y no las propias viñas que lo elaboran. El estilo está tan reatado al alma,

al YO, que basta encontrarse a éste, para conquistar aquel. Lo demás corre espontáneamente, como el río sobre el declive.

Encontrar el YO y obtener un estilo es uno, acabamos de afirmar. Lo mismo podríamos señalar para la adquisición del carácter. ¡Cuán fácil y cuán difícil, en consecuencia, devenir un escritor, un hombre diferenciado! Encontrar el YO, distinguirlo en la oscuridad y la soledad infinita que lo rodea; llegar hasta las raíces divinas que lo atan a los misterios insondables de la eternidad. ¡Menuda faena para un pequeño dios envanecido por una pulgada de conocimientos sistemáticos! Sin embargo, necesitamos el hombre diferenciado que surja sobre la masa, mostrándonos el mensaje de su actitud, escrito en sus venas con su sangre. No, por cierto, para seguirlo ni imitarlo: para tener, sí, la convicción de que existe el YO, e ir en su búsqueda dentro de nosotros mismos, por rumbos diferentes. Su sola sospecha da un tinte diferencial a quien la alimenta. La mayoría de los exploradores del YO, no alcanzan más que a esta tremante sospecha. Pero ella sola es suficiente para dar más verdadera sabiduría, que la que se obtiene sorbiendo ajenas fuentes en el transcurso de una vida.

Esta sospecha ha iluminado y atormentado a Vincenzi en múltiples y diversas horas de su vida. Escuchamos su palabra bíblica nuevamente, como el eco su yo inmortal: «Volvamos al retiro del yo, como se retorna al hogar abandonado en los últimos rincones del mundo; con la inmensa ternura de volverlo a encontrar. El desamparo de afuera nos trae conturbados al modo del náu-

frago. Y hay que ser todo lo humilde y lo orgulloso que sea necesario, con objeto de volver a decirse: ¡Aquí estoy, por fin! ¡Recíbeme que tengo hambre de estar conmigo mismo!»

«Sólo el yo, desnudo y solitario, trae un mensaje.»

«En lo social hay que dar muchos pasos atrás, para encontrarse a sí mismo.»

«El hombre es una masa, misteriosa y compleja, que ha tenido la dignidad de haber sido creada por Dios: no una gota de agua, una lámina de cristal o un pentagrama de música criolla. Algo más que un número de celda. Sobre la gota, sobre la lámina y el pentagrama, también creados por Dios, suspira y sueña por la Divinidad, situando su esperanza más allá de sí mismo. El hombre es yo. Por eso, cuando habla en primera persona, invoca, como Jesús en la cena, todo lo patético de su virtud, hecha sangre y carne.»

En la obra en que expone estas ideas, **EL CONOCIMIENTO ANTINOMICO**, nos explica la razón que lo hace presentar su faz, al tiempo mismo que muestra su pensamiento. Hela aquí:

«Por qué hablo en primera persona en el curso de esta obra: porque el yo que se siente vivir a sí mismo, sin tomar prestado nada más que lo indispensable a que tiene derecho todo hombre, es descarnado y franco; porque el orgullo de ser así, no es pecaminoso, como la vanidad del macho débil; porque estoy dando mi propio paisaje; y no debo darlo con rubores de hembra, genuflexa y tímida; porque el pretengo buen sentido del

«hombre social», es, en suma, una escapatoria de la realidad, opuesta al desborde del gesto. Y no quiero que se diga de mí lo que podría formularse de Pascal: enemigo del yo, sin salir de sí mismo para combatirlo. El imperialista se cubre la cara con un abanico espejeante, en que se refleja a escondidas, su propio rostro. De esta suerte puede sonreírse a sí mismo, como Narciso, en la fuente, tras su varillaje hipócrita.»

Y subraya su actitud, acogiéndose a Cristo: «También habló Jesús, en la cena, en primera persona. ¿Quién es Pascal para contradecirlo?»

Paralelo a este sentir, a esta patética y profunda afirmación del yo, va levantándose, altivo como un monte, su estilo de escritor. Sus frases no son ya simples frases: son ondas desprendidas de su autoconciencia. La cosa es nueva en su medio ambiente, y provoca, a despecho de muchos, el asombro y la admiración de todos.



FORMAS

ENAMORADO de las formas bellas, ha empleado su tiempo también, entre el alborozo de sus múltiples tendencias, en la busca de los secretos estéticos de la lengua. Ha visto sus efectos maravillosos en labios de otros autores: Hugo, Flaubert, Anatole France, etc. Su espíritu múltiple, exige, así mismo, formas múltiples de expresión. No se estacionará en una sola modalidad, así esté catalogada como la más de moda o como la mejor. Las escuelas literarias de una y de todas las épocas, se le antojan artificiosas, por unilaterales. En su afán de originalidad, éstas se circunscriben al nuevo aspecto descubierto, en detrimento de la belleza total, de la que no pueden, en el fondo, desligarse en absoluto. Recorre, en este galanteo con los géneros y las escuelas, una vasta extensión literaria: la épica, la lírica, la picaresca; el cuento, la novela, el ensayo, la crónica, el mensaje; el preciosismo, el clasicismo, el romanticismo, el simbolismo, el modernismo, etc. De esto dan fe, **LA ROSALIA**, novela picaresca; **ATLANTE**, novela poemática de un fuerte y profundo lirismo; **PSICOLOGIA DEL LIDER**, **EL HOMBRE MAQUINA**, **MARX EN LA FRAGUA**, obras de índole filosófica en donde se recrean el clasicismo y el romanticismo, en armonioso con-vuio. Y las otras: *América Libertada*, *Diálogos Filosóficos*, *Caracteres Americanos*, *El Manual de la Verdadera Elegancia*, *Preceptos*, *Pierre de Monval*, *La Señorita Rodiet*, *Aticismos Tropi-*

cales, Voces Lejanas, en las que se advierte una gran riqueza de formas diversas. Sobrio algunas veces; arrebatado otras; sutil en ocasiones; descarnado y directo en otras; elegante y pomposo en oportunidades; y fervoroso en sus mejores frases.....

Pero ni en las más opuestas y caprichosas modalidades retóricas, se llega a anonadar la honda corriente de su vigoroso estilo, sospechado perennemente en los cañones subterráneos de su personalidad. El instrumento musical puede emitir una multiplicidad de notas distintas; pero siempre es el instrumento: inconfundible, personalísimo. El estilo de este escritor es ya, una conquista definitiva del hombre que vive, piensa, sufre y goza en Moisés Vincenzi.

Veamos cómo maneja el estilo del ibero antiguo:

«Me dice que hable—comenzó a decir el poeta en presencia de Calixto, la Garduña, Don Fernando y Juanico, dirigiéndose al primero—del suceso de mi nacimiento y el desarrollo de mi vida. Y mal hace vuesa merced en pedírmelo, porque si nací en simpleza de humildad cerca de la lumbre que supo atizar mi padre con su trabajo y mantener mi madre con el suyo, en cambio el enredo de mi vida es tal, que no lo desenreda el más avisado habitador de laberintos, así estén ellos en lo más espeso de los bosques y más llenos de fantasmas que de pasillos y paredes de piedra. Nací en la aldea de Fontanar ha cuarenta años. Era el primer hombre de la casa que nacía y cuando los ojos de la partera tropezaron con la prueba de serlo, lo dijo a mi madre y esta

sonrió sin suponer que habría de llorar por lo mismo, como ya se verá. Luego llegó mi padre a doblar el júbilo de la casa con sus bendiciones al cielo y sus caricias al niño. Y del hecho no supe más por boca de los míos, al contrario del Lazarillo de Tormes, Gregorió Guadaña y los otros, a quienes se dejó licencia de contar cómo nacieron, mejor que la propia partera; y cómo fueron engendrados, mejor que los mismos que tuvieron el trabajo de hacello. Que tal fué el modo de licenciar en letras a los escritores de doradas épocas; inocentes y artificiosos en ello, es verdad, pero no menos sabrosos para leerlos que para comentallos.»

«Os decía que nací en la aldea de Fontanar, en la comarca de Fuentesalida, donde hay más cascadas que palmos de tierra en Oriente. Tras la aldea, al Sur, se levanta un hombro de cordillera como si lo empujase Vulcano por debajo. Lleno de árboles, de potreros, que vosotros tuviéradés por cosa de portal en viéndolos.»

«Al Norte, montañas; al Este, montañas; y al Oeste, al fondo del valle, también montañas. Todas iluminadas, lo más del tiempo, por una luz que esmalta las cosas de oro al atardecer o de plata por la mañana. La iglesia parece un pleito de estilos o un debate de escuelas: es un mostrario de columnas y de cúpulas, de capiteles y de naves; y, por dentro, una batalla de esculturas y de lienzo, por lo grueso de las piedras y maderas en que están hechas las primeras y lo regocijado de los colores con que están pintados los segundos. Los altares desconocen la simetría y se saben de memoria el desorden y mal gusto con que fueron tallados. Pero es la iglesia de

Fontanar y ya está dicho. En ella se congregan los rezadores, que son pocos, y las rezadoras, que muchas. Me detengo en describilla, porque en sus baldosas pasé los primeros años de mi infancia y en sus ventanales de colores adiviné el misterio de Dios mientras oía, encumbrada sobre el atrio, la voz del órgano, atizado, más que tocado, por Andresico, el de la capilla, más enjuto de carnes que una pasa y más borracho que un pellejo de sótano. En su sacristía aprendí catecismo y a llevar palmeta en las posaderas, de parte y regalo de la catequista, mujer cuarentona y solterona, desligada del mundo, pero ligada a su cura poco menos que el lobanillo de sus narices a las mismas.»

Con esto basta para apreciar la docilidad de su pluma en este género. Veamos ahora esta pieza de tensa y engolada sonoridad:

«Qué no quieres tú, Deseo? Estás refrescando tu fantasía en los valles y ya deseas ascender al montecillo cercano; llegas a él y ya tiendes la mirada, plena de angustia, a la cumbre lejana; asciendes a lo más alto de la cordillera y ansías, al instante, el vuelo de la nube o del águila. No hay sitio que no ambiciones poseer para menospreciarlo y abandonarlo, por un ensueño remoto que no llega nunca a saciarte. Tu ambición, tu aspiración, son eternas: no paras tranquilo en ningún parque, en ninguna ciudad, en ningún país, por maravilloso que sea..... Cayado en mano, recorres los continentes y no logras cansar nunca tu curiosidad, tu fantasía atormentada y trágica; o tiendes al soplo de los vientos las velas de tu navío, surcas todas las aguas y todavía esperas el engaño de un nuevo paisaje con el es-

pfritu lleno de temores, de esperanzas, de angustias.

«¡Mira cómo se alarga tu propia sombra en los polos distantes! ¡Todo lo has recorrido, Deseo; has probado de todos los manjares y bebido de todas las fuentes! ¡Y aun buscas más! ¡Y aun esperas más! ¡Viajero que no se detiene ante nada! ¡Lo finito que abre las fauces ante lo infinito, como una fiera de hambre! ¡Eso eres tú, viajero eterno del mundo!

Y luego este fragmento, que a más de su magnífica estructura, nos da una apreciación sintética del modo cómo las artes influyen en la cultura humana:

«.....La lentitud es de la tierra; la rapidez, del cielo. Y como lo más alto se expande con mayor facilidad que lo más bajo, el músico y el literato remueven mayormente la cultura, que el escultor y el arquitecto, aunque la obra de estos últimos esté más apegada a los motivos humanos. Podría afirmarse, en síntesis, que la nota y el verbo son escalas tendidas hacia lo divino; y que la arquitectura y la escultura, las baldosas del templo, sobre las cuales se posa el artista, para cantar a Dios el salmo de la belleza, con el secreto hecho sabiduría del verbo o con el misterio transfundido en amor, del órgano. Lentitud y rapidez en el arte; paciencia y arrebató en él; humanidad y espiritualidad repartidas en todas las artes. Tales son los elementos en que elabora el artista, con los pies en el polvo doloroso del suelo y la frente en el lumínar de la Divinidad.»

No sabemos qué apreciar más en este fragmento, si el fondo o la forma. Ambas cosas sub-

yugan y esclavizan. Es más: el uno sin la otra, no se concibe; la forma sin ese fondo, tampoco. Se nos viene aquí la imagen del río. Este, ¿es el agua, o su carrera sobre el terreno inclinado? Las dos cosas juntas, sin posible separación. Por eso, cuanto más cantidad de agua atesora, más veloz se vuelve, más vigoroso, más río. Pero también cuanto más precipitado el terreno. Los conceptos imponen su expresión, como el caudal del río su carrera. Uno o varios conceptos sublimes, brotan, por su virtualidad misma, en series poemáticas de verbos sublimes. El secreto está en el alma que prepara ambas cosas, dentro de la órbita de su propio cosmos.



LA NOVELA

EN 1924 publicó **ATLANTE**, novela de una fantasía cegadora, colocada en ambiente mediterráneo. El vuelo de la imaginación nos pone de manifiesto un fondo poético de veinte quilates. La fuerza de las alegorías, un idealismo sumamente elevado. Sin comprender las ideas que encarnan cada personaje y cada acontecimiento, la obra es, por el colorido y la magestad de sus paisajes, por sus escenas fantásticas y por la música de las frases, en una palabra, exquisita. Y es profunda, si además se sabe captar su intención filosófica.

Era su primicia en el campo amplísimo de la novelística. Antes sólo había ejercitado la lógica, en obras de tendencia puramente metafísica, con pequeñas divagaciones en el arte. De aquí que esta primera novela surgiera como un híbrido en los meridianos de América, en donde el novelista no es más que literato; y como tal, se limita a la trama y al paisaje, dejando para espíritus más amplios la interpretación simbólica de la vida.

Pero **ATLANTE** nos muestra una faceta de Vincenzi como novelista: la del romántico épico.

LA ROSALIA es su segunda novela. En ella nos pone frente a su ingenio picaresco. Hasta aquí sólo ha hecho una incursión al pasado para obtener los instrumentos de su novela. En ambas ha sido arcalco. Italiano en la primera; ibero en la segunda.

En lo que va de 1935 al 36, nos ofrece dos volúmenes que constituyen primero y segundo tomo de una sola novela, aunque llevan diferentes nombres: **PIERRE DE MONVAL** y **LA SEÑORITA RODIET**.

Pierre de Monval es un filósofo visto bajo la lente de un novelista que a su vez es filósofo. Monval es, pues, para irnos de golpe a los resortes principales de esta novela, el mismo Vincenzi. Las meditaciones merodean esta obra, desde la primera hasta la última página, sobre la huella de cada acción ejecutada o en la perspectiva anticipada de las mismas. En esto es más fiel a la vida que las novelas únicamente de acción o las otras de exclusiva disquisición ideológica. ¿No está cada acto de nuestra conducta, precedido y sucedido por un torrente de tanteos, impulsos, reprensiones, remordimientos, reproches y conciliaciones anímicas y mentales? El acto no llega a su actualización fuera de esto. Hasta aquellos de carácter instintivo o pasional, en los que, al parecer, se prescinde de las censuras del yo. Y sin el acto, actualizado o simplemente proyectado, no puede haber meditación patética. De aquí que la vida sea, en sus formas más intensas, discurso mental y torrente accional, en flujo y reflujo incesantes. En esta obra de Vincenzi no son otra cosa sus personajes: seres que viven en estos dos planos complementarios, ya sea en una realidad aproximada a lo cierto, o dentro del engaño que ellos mismos elaboran en el afán universal de mejorar subjetivamente sus pobres verdades.

El pasaje del hotel, en donde Monval se encuentra a la bellísima rubia Gisèle, llena de ten-

tadoras insinuaciones, es un caso típico. La rubia, en un rapto de debilidad femenina, impulsada por las raíces del sexo, se decide ir a la habitación de Monval, a la medianoche. Su cuerpo, medroso, sufre un estremecimiento al tocar la puerta del filósofo. Monval la intuye a través de la puerta; no obstante, su espíritu recto hecha mano a su nobleza.

«—Giséle: no sabes, amiga mía, a cuánto te expones en esta visita—le ha dicho al hacerla entrar; y continúa—, por más confianza que yo te haya inspirado, soy hombre, al cabo.

«—No sé, Monval: sólo he querido verle; no crea nada malo; sencillamente, he querido verle.

«—No buscas la mejor oportunidad para eso, chiquilla; ahora espera un momento y buscaremos el instante oportuno para que vuelvas a tu cuarto.

«—Ya sé que lo comprometo con mi visita, Monval; me iré ahora mismo.

«—De ninguna manera comprometes nada mío, como no sea el natural escrúpulo de hacerte algún daño, Giséle.

«—Más cariñoso estaba a la hora del baño, amigo mío. Perdóneme: de todas maneras no deja de ser feo para mí haber llegado hasta hacerle una visita en la soledad de su cuarto. Me voy, Monval.

«—Pocas veces he recibido una visita más amable, pero también más peligrosa que la tuya, chiquilla.

«Al decir las anteriores palabras, Monval se levantó de la cama y se acercó, despacioso, hasta el sillón de Gisèle; puso las rodillas en la alfombra, apoyó los codos en su regazo, le tomó la cabeza en sus manos y se fué acercando, poco a poco, a los labios de la doncella. Gisèle lloraba.

«—No esperes, chiquilla, que te enjague las lágrimas con los labios, como en las novelas románticas; no hay cosa más bella que el llanto amargo de una mujer: no deben enjugarse esas lágrimas con nada.

«—Veo—dijo ella—que no quiere besarme.

«—No es un trabajo desagradable hacerlo.

«Monval, por más serenidad que deseó conservar en la entrevista, se vió al punto asaltado por la bestia domesticada que tan bien sabía encadenar en el fondo del subconsciente, en la vida ordinaria. La acostó en su cama. Y dejó, con su ropa, al filósofo y al novelista a un lado, consumando al poco tiempo el sacrificio de su serenidad y de su pobre conciencia de hombre bueno.

«Al día siguiente escribió Monval una de las páginas más dolorosas de su vida: «Jamás pensé que un acto semejante fuera capaz de trastornar a tal grado mi vida íntima: soy, pues, responsable de un crimen contra una mujer inocente. Tu orgullo de hombre incorruptible ha fracasado a las simples instancias de una doncella. Tu cultura es un remedo de cultura; el dominio de tí mismo, un engaño; tu caridad, un crimen. Después de juzgarte el hombre más puro del mundo, has llegado a mancillar el honor ajeno.»

Al llegar a este punto de la novela, se enta-

bla una discusión del autor con su personaje. Las palabras de Monval han sido lapidarias, terribles, y aterrorizan al mismo autor de la obra, tanto más porque son de él mismo: de un ángulo de su yo. Por eso, se ve precisado a refutarlo, tomando parte en la obra, como si fuese el coro de las tragedias griegas:

«Monval, los prototipos no existen; tu afán de pureza interior no ha pasado de ser un mito, una pretensión de enfermo, un cómico gesto de megalómano. Has pecado como cualquier mortal.»

Pasada la conmoción, se serenán autor y personaje, transportando ambos el saldo de los actos humanos, al campo de las especulaciones filosóficas.

«Esta estatua serena de Monval, capaz de juzgarlo todo desde un plinto de mármol, cayó al suelo como el Pafnucio de Thais. Tan pecador es Monval como Jacques, como Bernardín, como el verdulero de la esquina del señor Simón. Aquí se ve lo débil y peligroso que es el papel de juez de los otros. La nuestra es una tierra de simples Pafnucios con la piel esmaltada de buenas intenciones.

«Suele engañarse el hombre por culpa de una perspectiva eterna: los defectos son tanto más grandes, cuánto más se alejan del juez; de tal modo que la falta leve del vecino toma proporciones astronómicas, mientras que el crimen personal se acoge a todas las atenuantes, para amonorrarse hasta un tamaño microscópico; o hasta desaparecer por entero. De tal manera ocurre

este fenómeno que, con frecuencia, vemos al panfletario más crudo, más amigo de la libertad, de cualquier zarandaja ideológica, complicado en vergonzosos desfalcos, en los más punibles delitos. Por otra parte, profundizamos día a día la defensa de nuestros vicios; jugamos al escondite, en la conciencia, con las manchas más negras. Y, sin sentirlo, como en el caso trágico de Monval, nos creemos seguros de nosotros mismos alojándonos en el desdén que lanzamos a los otros, e ignorando que en el subconsciente viven las bestias prontas a manifestarse al menor descuido. No hay, por ello, juez suficiente de los demás en esta obra. El libro no es otra cosa que un asilo de enfermos más o menos graves o restablecidos, pero al fin enfermos de cuidado. El mundo es un hospital mucho más vasto que el libro: el tipo normal es una simple utopía; el superhombre, una esperanza loca de mezquino filósofo; el prototipo, un ensueño platónico, pero no más que un ensueño. Sobre tales problemas escribió el mismo Monval estas líneas: «Tanto la razón de los filósofos como la de los sabios y los artistas, está en crisis perfectamente declarada. Con mucho mayor motivo la del sentido común, la de las masas, la del hombre cotidiano: no existe un molde de la verdad en ninguna parte: la única razón que se siente es la razón de la suprema angustia de vivir.»

«Se ve, pues, que Monval siente un remordimiento y desea defenderse a sí mismo echando la culpa al mundo entero. No obstante, sus palabras llenas de desencanto son el resultado de una realidad social profunda: el hombre vive angus-

tiado, inconforme con sus propios actos; y, sobre todo, con los ajenos.»

Hay cosas dignas de estudio en estas novelas de Vincenzi por la congruencia que conservan con el pathos de su existencia. La sinceridad de su vida está volcada en sus novelas. Ahí se manifiesta el filósofo, el moralista, el hombre de carne y hueso. Al contrario del novelista standard americano que aparta su yo, cautelosamente, para recoger el paisaje y el suceso criollo en cuartillas vírgenes, este novelista recibe las inquietudes universales en las páginas ya emborronadas de su ego. Y esto es lo más importante; traer la cultura ajena al recinto de la propia, para hacerla accesible a los canales de la masa, humanizándola en proyecciones de intensa vitalidad. Con ello se obtiene la inquietud anímica—ética—del lector, que rumba insensiblemente hacia los motivos, intenciones y móviles diversos de sus actos. De esta suerte, la obra se vuelve en alto grado, positiva. No se justificaría sólo la embriaguez de la belleza, ni sólo el ingenio de una trama magistral: queda el vacío de esta característica esencial; la valoración ética de los actos, de las intenciones y de las actitudes negativas.

Se desprende de este caso literario de Vincenzi, un acierto de la teoría psicológica de Saint Beuve. Su vida personal transita, fuera de las falsas poses candorosas, dentro de las selvas intrincadas de la ética, persiguiendo el acoplamiento más justo de su vida, frente a las realidades ineludibles de la tierra y del cielo.

ELVIRA es el nombre de su última novela, publicada en 1940. El mismo afán pedagógico de

moralizar, al través de la gracia de las escenas, del preciosismo de los paisajes, de las tertulias instructivas sobre filosofía, sociología, literatura, etc.

Menos analítica que las otras, pero más sugerente. Le basta un corto número de líneas para presentar a sus personajes. He aquí lo que dice de Emma: «Está en los años equívocos en que no saben las mujeres si son viejas o jóvenes, bellas o feas, felices o desgraciadas. Frente a Elvira se siente lamentablemente melancólica; frente a Don Fernando, adusta; frente a los criados, indiferente; frente a los niños, maternal y mimosa. Es una madre, es una niña y es una vieja.»

Al introducirnos en sus novelas, nos sentimos en medio de la vida. No ha sido necesario que nos diga, de antemano, qué estatura tiene cada personaje, cuál es el color de sus ojos, cuál el de sus cabellos, qué señales particulares les caracteriza sus rostros y, todavía menos, qué trajes portan. Los sentimos vivir en alguna parte real del mundo, y eso basta. Porque sus personajes son seres llevados de la calle, del tugurio, del hogar burgués, de la mansión o del palacio. Traficante de caracteres humanos, sorprende en las personas que trata, las actitudes e intenciones más sutiles, que dan el hilo de sus verdaderas realidades. A esto, más que a cualquier otra cosa, debe su poder de novelista. La naturalidad en el movimiento de las escenas y en la actuación de sus personajes; la vitalidad de las frases que pone en boca de éstos; y todo el ambiente cundido de fuerzas anímicas, lo debe Vincenzi a esta propiedad de psicologista espontáneo. Pero

no se conforma con esto: incorpora, discretamente, la densidad filosófica de las ideas, en la acción novelada, con la intención sistemática de instruir y educar a la vez.

Acerca de este género complejo de la novelística, ha escrito lo siguiente:

«El verdadero novelista mueve los muñecos en función de la vida y no de las ideas. La acción nos dice qué piensa, qué es en sí mismo, el personaje. Esto es esencial. Las novelas pueden tener multitud de propósitos: las de tesis ponen, por lo general, en primer plano, su ideario. Las otras no: persiguen el efecto artístico y no el ideológico, aunque no pueden prescindir, en el curso entero de las páginas, del juego vital de sus tipos. Hay libros de tesis movidas en función de sus personajes; pero su acoplamiento es menos natural; y está más propenso a la disquisición de índole ideológica. En resumen, cada actividad de las personas noveladas sugiere ideas y procesos de ideas. El escritor hábil prefiere, en este género, la acción simbólica o sugerente, a la idea o a la serie de ideas del simple expositor científico o filosófico. Hay quien combina, con equilibrio, el sistema de las ideas, con el juego vital del protagonista. Como la novela es el género más fecundo y más libre, abarca todos los métodos. Sólo exige, en el fondo, la madurez del resultado y la maestría en el arte complejo de obtenerlo.

«En los tiempos actuales, la novela tiende a hacerse más densa; a remover los valores humanos, excitando, no sólo el aspecto sentimental del hombre, sino, además, su cerebro, sus capa-

ciudades receptoras, en toda su amplitud anímica. En enredo de la novela vieja ha pasado a la pantalla del cinematógrafo. Busca la contemporánea, una amenidad diferente: la de un provecho integral y durable. La amenidad de un filósofo es diferente a la de un científico; la del científico a la del artista. La gran masa lectora se refugia, en persecución de lo ameno, en la sencillez del enredo de una novela trivial. La crítica debe juzgar de la mayor o menor amenidad de un libro, de acuerdo con las exigencias del público para el cual está, de intento, preparado. Si el arte no fuera cosa relativo, los géneros se perfilarían dentro de perfectos límites. No podemos decir, por eso, que la forma literaria más libre que existe, deba someterse cabalmente a una preceptiva de acero. Mejor sería para el novelista, acogerse, con libertad, sin restricción alguna, a los propios impulsos de su temperamento. El literato moderno ya no debe enfilarse dentro de una sola escuela: puede ser, a un mismo tiempo, romántico, clásico, parnasiano, ultramodernista: busca refugiarse, más que en un ángulo exclusivo y unilateral, dentro del conjunto complementario de todas las escuelas. Así podrá obtener, del romanticismo, la embriaguez; del clasicismo, el equilibrio y la armonía; del parnasianismo, la justeza del brillo; de las tendencias nuevas, el sintetismo y la profundidad.»



POSICION FILOSOFICA

RARA vez encontramos al artista en comunión con el filósofo, en un mismo ser. El caso de Vincenzi es, por tanto, uno de los más raros del espíritu. Por eso dijo Chocano al prologar una de sus obras: «Vincenzi manifiesta la serenidad de un talento unigénito en los profusos trópicos.»

Nosotros diríamos, refiriéndonos, en modo global, a este pensador: Vive, dentro de la pureza de vida que le es dable, como un hombre; y piensa, en sus planos superiores, como un elegido. Por esto lo ha tratado con dureza el destino: para estar seguro de su elección. Su vida ha transcurrido en la escasez y la humildad, desde la cuna. Pero también en la dignidad y la pureza. Ha sido golpeado duramente en diversas ocasiones, por la suerte. Ha tenido que salir, como un mendigo, fuera de su país, a buscar el pan de sus hijos por tierras extranjeras. El dolor de esta experiencia de casi toda su vida lo ha reatado fuertemente al corazón de todos los que, como él, luchan y sufren: los que conoce y los que desconoce; los de su raza y los de otras razas; los que viven en esta hora de desolación y los que existirán mañana. La sombra de Cristo se levanta sobre esta multitud sumida en el dolor anónimo, y les ofrece, para fortificarlos, la dicha infinita. Esta convicción ha penetrado en lo más hondo del alma del filósofo, y le ha formado su credo optimista. Su ética es esencial-

mente cristiana. Cree en Cristo porque cree, antes que en todo lo existente, en Dios. Por todos los rumbos ha llegado a encontrarse con El. El de las ideas, pasando por Platón, Aristóteles, Kant, Hegel; el del sentimiento, fundido en el amor universal de Jesús; el de la intuición, subiéndolo y trascendiéndolo la escala bergsoniana; y, finalmente, sumergiéndose en el sistema filosófico más vasto que ha planeado hasta hoy el hombre: el que explica **FENOMENOLOGIA GERMANICA**, basándolo en el flujo incesante y múltiple de la vida. En todos los límites de estos sistemas encontró la sombra o la luz—igual cosa—de Dios, como única explicación a los enigmas que envuelve el Cosmos. Su filosofía adopta como cimientos, la incommovible verdad divina. Porque sabe que todo puede cambiar en el conocimiento, de acuerdo con la evolución del hombre, que lo elabora; que las teorías más avanzadas pueden caer, como castillos de naipes, con el transcurso del tiempo; pero que no se concibe el anonadamiento absoluto de Dios, puesto que la estabilidad, como el cambio, son manifestaciones de su secreto poder. Por eso nos dice que sus ideas, por más elevación que alcanzaren, están destinadas a ser trascendidas por otras más amplias; que la razón misma del hombre actual ha de desplazarse y expandir su visión de las cosas, insospechadamente. Todas las cosas son trascendibles por la virtualidad misma del Dios que las ha hecho posibles: otra idea matriz en que se fundamenta su filosofía. De aquí que ninguna verdad descubierta pueda generalizarse a ninguna serie de fenómenos. Cada uno de estos es un caso particular, que imprime su gesto en el tiempo y el espacio que le ha sido dable ocupar; y que al

desplazarse en el tiempo, lo hace modificando infinitesimalmente su fisonomía. Nada se conserva inalterable, según esto. No obstante ha construido su teoría del Universo Fijo, inmóvil. ¿Se opone a sí mismo este filósofo? ¿Podemos señalar contradicción?

Para asentar esta teoría del universo fijo, elimina el movimiento, haciéndolo parecer como una percepción falsa de nuestro aparato sensorial. La verdad es que lo que nos da la impresión de movimiento no es otra cosa que «la sucesión fija de los cuerpos, contemplada por el hombre.» De no ser así, de admitir el movimiento clásico, en que unas formas perecen en la nada y otras surgen también de la nada, hay que aceptar la existencia, contradictoriamente, de la nada. Y la nada no existe. Luego, si la multiplicidad de formas que vemos a diario, no perece, se conserva en un lugar, invisible para nosotros, del espacio-tiempo. Son tales formas una prolongación en el pasado, de las formas presentes. Y como tampoco pueden surgir formas de la nada, puesto que la nada no existe, también las formas venideras están fijas en otros lugares del espacio-tiempo; y son una prolongación en el porvenir, de las formas presentes. De modo que los cuerpos, en realidad, no poseen los contornos ni el tamaño que les vemos: son figuras prolongadas hacia el pasado y el porvenir. Pasado y porvenir, es, pues, otra modalidad apreciativa del hombre. En verdad sólo hay presente. Estas concepciones están planteadas con riqueza de argumentos en su obra: **"MI SEGUNDA DIMENSION"**. Pero queda en pie la antinomia de lo incesantemente inmóvil, de la realidad. Pero, ¿Acaso el

hombre mismo, escrutador de la verdad, no lleva en sí la más angustiosa de las antinomias: la de su libertad y su necesidad? La razón del hombre futuro ha de alcanzar el plano de lo antinómico y aún otros, insospechados todavía. Por este camino ha llegado Vincenzi, a preconizar el advenimiento de una nueva razón, de un conocimiento antinómico, ya que la razón consecuente se halla en la más completa decadencia filosófica. Y es que la verdad clásica lo mismo que la nuestra y la futura, no son otra cosa que gestos trascendibles del ser humano. Nada puede perennizarse en esta nobilísima lucha por la sabiduría. De aquí desprende este filósofo, la verdad relativa también, de que el conocimiento, la cultura y el universo, son juegos ascendentes e inacabables de gestos. Y siembra los cimientos de una **FILOSOFIA DEL GESTO**, con base en los misterios insondables del flujo cósmico. Nada más impreciso, para el crítico, que descubrir la finalidad de este esfuerzo filosófico que nada trata de cristalizar. Si no fuera por la atmósfera mística que lo constituye, abrumaría el ánimo del contemplativo: ella lo sostiene y ennoblece dentro de su climax inabordable.

Vincenzi no abriga la intención de construir un sistema filosófico, porque lo considera filosóficamente absurdo. Ha visto el fracaso de sus antecesores. Ha medido la ingenuidad de todos ellos, en presencia de lo Infinito. Sólo hay un sistema posible, ha pensado, el DIVINO, el cual no podrá ser abarcado por ningún humano. Todo sistema humano tenderá siempre al límite, y el límite supone únicamente lo finito. Será, por ésto, incompleto e imperfecto. Incompleto, por-

que sólo ha de satisfacer un número preconcebido y limitado de interrogaciones. Y estas mismas, dentro de la forma imperfecta de inquirir de la razón actual. Imperfecto, porque al desvincular artificiosamente sus nexos con el infinito, se aleja de la realidad única.

La de Vincenzi, es una actitud infinitista y un credo divino, remozado constantemente en el alma. El siguiente párrafo de su obra **EL CONOCIMIENTO ANTINOMICO** nos da una síntesis de esta posición filosófica.

El:—Ya es hora, amigo, de que organices el sistema filosófico que esperamos de tu capacidad creadora. Has sembrado, en lo profundo del suelo, las ideas angulares del templo. Eleva sobre ellas sus paredes y sus columnas; imagina el esplendor de su cúpula.

Yo:—Comprendo y agradezco, en lo íntimo, tus buenos deseos. Pero, ¿ignoras que la misma razón clásica, que aparta lo contradictorio, está en crisis? La época se ha dado cuenta de que la filosofía no puede eludir lo antinómico. Es necesario crear una manera nueva de razonar. Un sistema actual hecho con un raciocinio enfermo resultaría cosa inútil. Y el hombre ha trabajado miles de años en forjar los simples principios de una lógica, que empieza ya a demolerse con estrépito. Por otra parte: ¿hay pensador alguno, en los tiempos modernos, que estime factible una apreciación global del universo?

El:—El lector necesita, para juzgar una obra, descansar los ojos en un conjunto armónico. Tu obra, en cambio, azora al espíritu; lo conturba

con la fuerza comburente de tus ideas. Carece, por esto mismo, de la capacidad de someter a los espíritus estudiosos. Debe transformarse en fuerza magnética si quiere difundirse en el mundo; si ha sido construida para poseer una gloria objetiva y legítima.

Yo:—Organizar un sistema para uso del gusto público es tarea propia de un poeta o de un músico. El filósofo, artista también de un modo diferente, aunque más denso, no busca la gloria por los caminos del éxito fácil, sino por las sendas ásperas de lo real. Por esto la impopularidad puede cercarlo y recluirlo además, en los asilos de la miseria; o poner en sus manos la cicuta del griego. Y, en los peores casos, ignorarlo para siempre. Pero, ¿ha dejado de ser filósofo por esta incompreensión y esta desgracia? El sistema se hace cuando se cree en él; cuando hay instrumentos para labrarlo; cuando se tiene la ingenuidad de pensar que el universo cabe, como una imagen en un espejo, en el espíritu finito, diverso y siempre variable del hombre.

El:—Por más que lo niegues, hay, en el coro de tus ideas, una nebulosa de concierto sinfónico; algo así como el eco de las voces graves de un órgano lejano. No tienes más que precisarlas con valentía para que el oído del público te comprenda y te ame.

Yo:—Te obsesiona la idea simétrica de concierto; e ignoras que está en crisis, como las otras. Lo armónico, lo proporcionado, lo cabal, lo absoluto, lo invariable, lo simple, no son más que modos de la apreciación humana. El universo es cosa más honda que las palabras, más fas-

cinante que los sistemas, más difícil que las *Críticas* de Kant, el *Discurso del Método* de Descartes y las teorías platónicas. No tengo suficiente orgullo e ingenuidad para crear un sistema.

El:—Gravitas, entonces, como un meteoro perdido en el vacío.

Yo:—Creo en Dios y amo la moral cristiana; estimo sin embargo, que los pares de opuestos son trascendibles por algo más múltiple y más grande que ellos; juzgo que el hombre es capaz de hacer una razón más sólida que la clásica; acepto una infinidad de aspectos para cada problema porque supongo que la riqueza del mundo supera a todas las ciencias, las filosofías y las artes; sé que las cosas se despliegan por rumbos insospechados, en todas las direcciones imaginables, dentro de una realidad que nuestros sentidos son impotentes de captar; y espero que el hombre conquiste, más allá de nuestras plácidas bibliotecas, divinos estados de ánimo.

El:—Conozco tu cosmología dimensional y los nexos que la unen a la matemática moderna. Por eso creí que preparabas tu visión de conjunto.

Yo:—El filósofo que imagino debe trabajar en planos diversos sin intentar conectarlos, con violencia, entre sí. La vida es fluyente y se irrita cuando queremos congelarla en un solo foso. Puedo crear una hipótesis dada para el servicio de una época. Pero sé, de cierto, que será trascendida, a su hora, por otros hombres. Trabajo, pues, en diversos planos a conciencia de la altura en que me sitúo cada vez. Esto es algo más

real y más difícil que detener, con la imaginación, el torrente que se despeña en lo infinito.»

El *infinitismo* vincenciano constituye, a nuestro juicio, uno de los esfuerzos panorámicos más grandes de la historia de la Filosofía. Revela, además, la fuerza y la amplitud de este espíritu excepcional.

EL PEDAGOGO

NADA es tan difícil como encontrar un maestro en las aulas docentes. Los hay, y con cierta abundancia, en las demás disciplinas de la sociedad: la política, el arte, la ciencia, etc. La pedagogía, desgraciadamente, constituye el inmenso arenal. El maestro es un oasis perdido en la extensión.

¿Pero qué de extraordinario ha de poseer un maestro? Estaréis preguntando quizás. Realmente es necesario definirlo para conocerlo. Es, ante todo, un **HOMBRE**. No un santo. De los santos no podríamos tomar nada: sólo conseguiríamos angustiarnos frente a su perfectibilidad, imposible de imitar. Pero es, además, un **IDEALISTA**. Lo es de verdad: no sólo en presencia de sus discípulos. Lo es más todavía en la soledad de sus meditaciones. Ama su ideal, cualquiera que sea, con una fuerza que trasciende todas las cosas terrenas. Esto lo lleva a poner un cuidado enorme en todos los actos de su vida, para salvarlo de la incredulidad de los demás; de nada se cuida tanto como de disipar el escepticismo en sus discípulos. Frente a ellos desnuda su ser íntimo; presenta sus pecados sobre el ara dolorosa de su aspiración suprema. Ha proscrito de su existencia todas las actitudes falsas. Sus discípulos pueden verle, de esta suerte, un corazón que mana sangre angustiada por los pecados cometidos bajo el rigor de la tierra, y un alma que se ilumina radiante, por la fuerza que lo

tiende al ideal. Es, para definirlo mejor, la batalla del BIEN contra el MAL. La luz en pugna eterna con la sombra. Lo verdadero en combate encarnizado con lo falso. Su mente se eleva, a cada instante, para situarse en la posición del juez de sus propios actos. Esta condición lo enviste de la virtud más genéricamente humana: la tolerancia. Tolerancia para los demás, que tiene su origen en la que se dispensa a sí mismo, como una necesidad contradictoria. Hemos dicho que es un HOMBRE; y quienes estén al tanto de las más modernas filosofías, saben que el HOMBRE es un ente contradictorio.

He aquí los cimientos éticos de este maestro: sinceridad, desnudez, amor al ideal, lucha incesante con él mismo, tolerancia. No es otra la actitud de este hombre frente a sus discípulos, frente a sí mismo, frente al mundo y al cielo. Esta sola actitud lo dignifica y le concede la sagrada misión de dirigir juventudes. Vincenzi no es el catedrático doctoral que se siente a mil codos sobre la condición de sus discípulos: es el maestro amigo que en las almas de ellos encuentra, muchas veces, más pureza que en la suya; y se acerca, bañado en ternura, al corazón de todos. Niño, a veces; compañero otras; hermano o padre, en ocasiones; sabe ponerse, con gran espontaneidad, a la altura de todos los instantes. Y, cosa rara, pero consecuente con sus normas íntimas: siempre se le respeta, se le quiere y se le admira.

Dadme un maestro que se le parezca. La mayoría, si nos deslumbra con su oratoria, nos defrauda más tarde con su pequeñez fenicia en los negocios que, con gran avidez, atiende; si nos

envuelve en su ternura en el aula, mostrándonos solapadamente una pureza que no tiene, nos hierre el corazón, después, con sus ocultas bajezas sexuales; si nos enciende con su palabra predicando la honradez, nos burla con sus manos enseguida extrayendo para sí los centavos del mismo plantel. Se escurrirán, sordos a nuestros reclamos, todos estos falsos maestros; cuando no nos pateen por haber cometido el pecado imperdonable de levantarles la toga hipócrita.

Dictan la conferencia en el Ateneo o en el paraninfo de cualquier Universidad, para brindar, en lo íntimo, el banquete a su inflada vanidad; para esperar el regalo de la admiración general o un alto puesto en cualquier Ministerio. Escriben el artículo en el periódico, para asentar su vacua autoridad. Todos sus actos, teatrales y cómicos, corren fuera de los cauces verdaderos de la cultura, por insinceros, por adúlteros.

¿Puede llamarse maestro a un hombre de doble fondo? No importa que conozca los más ocultos recodos de las ciencias, que hable latín o griego, que estremezca con su palabra, que escriba los más bellos poemas. Le hace falta lo principal para ser maestro: la ciencia de la vida diaria, la que forja el carácter. Esta ciencia se aleja tanto más de nuestro alcance, cuanto más asaltamos la victoria fácil, el fruto sin el esfuerzo heroico que lo justifique.

¿Vas en pos del elogio? Pues te alejas de lo auténtico, de lo positivo, de lo único que merece tu esfuerzo. Estás profanando la cultura: vas en contra del sentido de la vida. ¿O crees que la vida no tiene sentido? ¿Que ha surgido al acaso, sólo para el éxito de tus ambiciones, de tu

sed de fama, de tu afán de goces? ¡No! Tú no eres maestro. Serás un erudito, un científico, un poeta. Y aquí te rindo mi homenaje sincero: lo merecen tus esfuerzos. Pero cuidado no te caiga la maldición de los jóvenes, si te invistes con la toga del maestro. Tus discípulos no te pedirán extremada pureza, que no se le puede pedir a ningún mortal; pero te exigirán sinceridad; te pedirán que les muestres el escenario doloroso de tu lucha interior por alcanzar la virtud. Que no se concibe un maestro fuera de esta lucha magnífica. Muéstrales, pues, tus heridas; las mordidas del pecado sobre tus propias carnes; y la hoguera de tu ideal en eterna incineración.

Más fácil encontrar maestros en la calle. Lo es el peón que se dobla sobre la tierra, impávido, bajo la inclemencia del sol; lo es el obrero con sus oberoles y sus instrumentos de trabajo; lo es el revolucionario que deja el gesto de su muerte a la posteridad; lo es la mujer en todas sus manifestaciones maternas.

En presencia de esta desolación sin rival de la época, en lo que atañe a las lides educacionales, ha dicho alguna vez, Vincenzi:

«Acusamos a los grandes maestros del mundo, por haber dejado que la civilización haya devorado los motivos mismos de la cultura; los acusamos por no haberla definido con entereza; por haber dejado al azar, la suerte moral del estudiante moderno; por haber querido y haber logrado hacer de él, no al hombre HOMBRE, sino al hombre máquina, al fabricante de puentes inmensos y de fastuosos rascacielos, capaz de todo para labrar el hierro y la piedra; e incapaz

de todo, para hacerlos servir en la obra redentora del alma. Los acusamos porque no han sabido poner al servicio de la verdadera cultura, los grandes inventos de la época; por haber fundado escuelas románticas, alejadas de los principios con cuyos recursos ha de labrarse algún día, al hombre HOMBRE. Los acusamos por faltos de una verdadera emotividad trascendental; y por demasiados sobrados en la sistematización de vacuas y torcidas ideologías. Por creer que las ciencias sólo sirven para enumerar, para ajustar piezas de cobre o de acero y, finalmente, para el hartazgo técnico y la matanza metódica de los ejércitos. Los acusamos por teóricos, en forma exclusiva, muchas veces; y por sanchescos y burdos casi siempre, en la interpretación de las verdaderas necesidades objetivas y espirituales del hombre. Por hacer de la ciencia, del arte, de la filosofía y de la conducta, artículos de un desmañado y viejo nacionalismo. Porque son estos los verdaderos motivos que tienen sin contralor posible, las pasiones humanas. Los acusamos, en suma, por no haber comprendido en la magnitud que lo requiere la época, que la civilización necesita, a más de una espuela, un freno y una rienda. Que la cultura polar que se imparte desde las cátedras, en un desconocimiento pavoroso del hombre HOMBRE, no hace otra cosa que vestir con la toga, la picardía del hombre máquina y la ineptitud pedantesca del erudito, fuera de una comprensión medular y activa de la vitalidad humana.



RELACION CON SUS DISCIPULOS

FUE en 1937 que llegó Moisés Vincenzi, a la Dirección de la Escuela Normal de El Salvador. Su continente serio posiblemente no hizo buena impresión en los estudiantes. Pero la solidez de su cultura bien pronto cautivó a los más aventajados alumnos. Su cátedra de Literatura, Pedagogía, Filosofía de la Educación y Moral Profesional eran cosa nueva en la Escuela. No quiero decir que antes no estuvieran tales cátedras, sino que las lecciones de estas asignaturas estaban respaldadas por su autenticidad de literato, de maestro y de filósofo. Y desbordadas por su fuego creador. Fué de esta manera cómo, sin poses teatrales, sin discursos oratorios, sin prevenciones de ninguna naturaleza, logró la aceptación unánime del alumnado. Estaba ahí, no por intrigas de propaganda periodística, como se rumoró al principio: se merecía de sobra ese lugar; y algo más.

Los jóvenes empezaron a comprenderlo en sus más hondas y claras intenciones. La presencia de sus actos, el sentido de sus palabras y el de sus libros, les señaló la clase de hombre que tenían en frente. Ya no sólo se le podía admirar: se le quiso, además, con toda la nobleza de la juventud. Su casa particular, una casita aledaña a la Escuela a la cual se denominaba *el cucurucho*, por el cono con que finalizaba el frontispicio, fue escenario de innumerables charlas instructivas. ¡Cuántos se acercaron ahí a trocar su

prematureo escepticismo, en fuerte esperanza; su credo materialista, en una fiesta inefable del espíritu; su indiferencia, en actividad desbordada!

¿Qué surgió de todo esto? Lo que era de esperar: una floración nueva de cultura estudiantil. Cada uno de estos discípulos que lo comprendieron puso en movimiento su facultad creadora. Y así fué cómo, en las postrimerías de su corta permanencia en la Escuela, se editaron varios libros bajo las firmas de sus discípulos. **CANDAS DEL ESTERO** de Carlos Lovato, **ETICA DEL MAESTRO MODERNO** de Víctor Rubio, **MAS ALLA DE LA SOCIOLOGIA** de Carlos Martínez, **ARMAS DEL MAESTRO** de Salvador Valencia. El aparecimiento de cada uno de estos libros fué celebrado con inmenso júbilo en el cucuruchó. Quizás ninguna otra cosa quedó marcada con rasgos tan indelebles en el pasado de sus discípulos, como estas fiestas del espíritu en las que se revivía el maternal regazo de Atenas.

Pero tenía que marcharse pronto, para confirmar dos cosas del destino: que los hombres no sabemos apreciar y pagar los valores más auténticos de la cultura y que la semilla sembrada con amor, germina aún cuando el sembrador se aleja.

Luego vinieron sus cartas y sus mensajes dirigidos por la radio, a continuar regando su obra.

A Lovato el alumno rebelde, le dice, en mayo de 1939; «Mi muy estimado Lovato: Esa carta suya era necesaria. Por eso la he recibido con una viva emoción. No sabía lo de su matrimonio, de modo oficial: pero los he sentido juntos, definitivamente, sin el aviso. Es una gran cosa que hayan hecho los estudios juntos, para su fe-

licidad futura. Me imagino que hablan de altos proyectos; y que los dos ven la vida como una cosa divina, muy lejos de la vulgar ceguera de los hombres. Cierro los ojos enternecido y los veo juntos, con los ojos del alma. Ella le ayudará a usted a ser mejor cada vez: más esforzado, más puro, más rico en voluntad de ascenso interior. Que sólo el hombre bueno en esencia, es capaz de triunfar. Pero Ud. ya no es sólo una simple promesa: es todo un intelectual que no pierde una hora sin verterla en intenso e incansable trabajo..... Espero ansioso la publicación de «Una Hora de Lógica» o algo parecido. Pronto.

No olvide su gran lema: ROMPER EL FUEGO, A LA CABEZA. Tampoco olvide seguir vinculando, de verdad, con Rubio, con todos los demás. Los hombres puros se unen por lo más delicado y consistente a la vez. Y así se apoyan recíprocamente, en lo más estable. Porque buscamos el valor divino de las cosas, con sed de gloria.

Su linda carta me ha conmovido hasta la ternura, mi querido amigo. Sepa que estoy cerca de usted, en planos superiores: en ellos nuestras almas se abrazan, más allá del espacio y del tiempo.

El cucurucho es un símbolo para todos nosotros: es un asiento griego de la mente. Cuando quiera acercarse a mí, sitúe su imaginación en el cucurucho, para concentrarla: me encontrará pronto y hablaremos de los misterios del mundo.

Por correo le enviaré lo último que publique. Espérelo. Dígale a su compañera, que ya nada

podrá separarnos en la amistad: pertenecemos a la misma familia espiritual, para siempre.

Recojo su lágrima en el fondo de mi corazón.
MOISES VINCENZI.»

Ninguno más que Lovato rechazó abiertamente al maestro, en la Escuela. Fueron menester muchos meses para que este muchacho se convenciera de las verdaderas intenciones que dirigían sus pasos en el gobierno del plantel. Pero, al igual que su rebeldía había sido franca, su aceptación quedó garantizada por la misma sinceridad. Y se trocó en ternura recíproca, como puede verse en estas palabras: «Mi querido y admirado Lovato: Recibí un saludo de su esposa que me dieron las jugadoras salvadoreñas. Estoy ansioso de saber de ustedes: de sus estudios, de sus escritos, de su vida. Me los imagino progresando internamente. Si tiene un hijo hombre, póngale, aunque no lo llame así, *Moisés*. Si es mujercita llámela *Nora*, como mi hija menor. Con eso quiero demostrarle que deseo nuevos símbolos que nos aten a través de los tiempos.»

Por este tiempo, en julio de 1939, el V Curso de la Escuela Normal, dió el nombre de Moisés Vincenzi a su sala de estudios. Cosa que sorprendió a sus discípulos ya egresados, porque este curso, nunca le dió demostraciones de afecto al maestro; antes bien le llevaba la contraria en sus disposiciones, con un intransigente espíritu de contradicción. En esto sólo se apunta una tardía aptitud de apreciación. La verdad es que su vacío les hizo comprender su valor.

Cándido Morales fue el encargado de comunicarle esta acción de sus excompañeros. A vuel-

ta de correo, le responde Vincenzi: «Lo que me cuenta de los alumnos del Quinto Curso Normal, me entenece hasta las lágrimas. ¡Si yo dí mi alma entera a la Escuela Normal! Dígales a esos muchachos que me miren a los ojos; que adviertán en ellos un alma angustiada por el dolor, pero alegre por la gloria. Dígales que los quiero buenos sobre todas las cosas; que los quiero activos, creadores, magníficos.»

En esta misma carta, le expone sus luchas en Costa Rica: «Mi vida aquí es dura; vivo de lo que me producen mis libros de educación: he escrito cinco en cinco meses. Costa Rica me admira, pero no me quiere. Me vengaré de ella cubriéndola de gloria! Si en agosto no encuentro aquí el pan de mis hijos, tendré que salir, una vez más, de mendigo, al Continente.»

El día en que recibían su título de Maestros el grupo que llevaba su nombre, les dirige por la radio, el siguiente mensaje:

«Queridos amigos:

No es una oportunidad, la presente, nada vulgar, ni por el motivo que lo inspira, ni, mucho menos, por las personas que lo justifican en el momento mismo en que terminan su carrera de estudiantes en la Escuela Normal. No basta por esto, con expresar cosas sin importancia, aunque se digan en palabras sonoras: es preciso que me acerque a mis alumnos de ayer, del modo más simple posible, con el fin de explicar con entera desnudez verbal, las ideas que el destino del grupo que lleva mi nombre, aflora en mi cerebro en tales circunstancias.

En mis lecciones de la Normal, en los dos años en que hube de dirigirla, insistí en que generalmente, los colegios dan por conocidas del alumno ideas elementales que atañen, en forma directa, el desarrollo de su conducta. Y no hacen otra cosa que instruirlo para que responda, al modo de un muñeco automático, a preguntas de un mero carácter mecánico. Ustedes recordarán, mis queridos discípulos colegas, que estas meditaciones me indujeron a escribir para ustedes *La Psicología del Líder*, ensayo en cuyas páginas intento dar a cada uno el dominio de sus propias facultades, en beneficio, no sólo del individuo en particular: además, de la comunidad en que se desenvuelva. Y es que el gran problema consiste en transformar al niño y al joven, en forma opuesta a lo que se hace ahora, de una máquina que ha sido, en un hombre o al menos en un orgánico proyecto de hombre. Pues bien: el grupo «Moisés Vincenzi» que hoy se titula, debe trazarse un plan de propósitos de índole cultural, más que simplemente instructiva y mecánica. Debe insistir en que su obra ha de tener un fundamento simple, pero duro como la piedra, que sea capaz de sustentar, si hay fuerza para ello, un monte: el de una vida sincerísima, el de una conducta económica intachable; el de una buena fe que sea capaz de objetivizarse en los más pequeños como en los grandes actos de la vida; en suma: el de un esfuerzo metódico, continuo, incansable, alegre y profundo a un tiempo, por ajustar la existencia a las normas cristianas. Fuera de ellas el materialismo actual no ha hecho otra cosa que entristecer al hombre, mecanizarlo y hundirlo en la sombra.

Antes de formular este plan de grandes propósitos culturales que les pido a ustedes, tomando en cuenta las anteriores palabras tan discutidas entre nosotros durante dos años, conviene hacer una revisión de los conocimientos adquiridos, con el ánimo de clasificarlos, en primer término, por los contactos, directos o indirectos, que puedan tener en la conducta cotidiana de ustedes. Recordemos que la conducta es, para nosotros, un dominio que abarca tanto lo objetivo como lo subjetivo. De esta manera, no cometeremos el error de conformarnos con un simple equilibrio externo, propicio al engaño de los demás. En segundo lugar, por la simpatía que pueda derivarse entre ellos y sus facultades vocacionales. De este modo, las ideas obtenidas en el colegio buscarán, impulsadas por una voluntad expresa, el verdadero sitio que les corresponde. Y habrán de contribuir entonces, al desarrollo de la personalidad típica, inconfundible, de cada uno. Es decir, que cuanto el colegio suministra en la forma colectiva, el alumno, al terminar sus estudios, debe digerirlo, antes de tejer, como el gusano de seda, la gestación de su propio capullo. El título de Profesor Normal que acaban de recibir, los invita, por todo ello, a un careo con la propia alma, lejos de todo lo convencional y de todo lo adventicio del aula. Es, por consiguiente, esta hora final, algo de lo más patético que puedan sufrir ustedes o gozar, según la valentía de cada uno, en el curso entero de su existencia. Pero bien podría malograrse la importancia psicológica de esta hora, si olvidasen el análisis que les recomiendo y que tiende a trazar rutas definitivas. Puede afirmarse que el hombre sencillo desconoce la trascendencia mul-

ticolor de su propio tiempo; y que ignora las grandes señales que, como ha de ser este día para ustedes, les indican al viajero las rutas.

Espero que ustedes sepan conocer la fisonomía de su propio tiempo y del propio espacio en que vivan. Sin este reconocimiento, el brazo quedará en suspenso; el campo sin labrar; la flor interna sin abrir; el bloque de mármol sin el escorzo divino del motivo, en el pedestal desierto. El tiempo de cada uno es único y no debe malograrse en la inútil espera. Y así el espacio. Lléneseles, por tanto, de un amor serio y profundo por las cosas pequeñas y las grandes que lo merezcan. Ya saben ustedes que el que miente al amigo o al enemigo, también engaña a su país y al mundo entero. La humanidad nos acusa, como un vasto espejo, de todas las malas acciones que cometemos. Sepan que en el fondo todos actuamos, pensamos, sentimos y queremos, en estado de una completa desnudez. El hombre que actúa o vive su vida interna, sin el recuerdo de este extraño fenómeno que sólo conocen los más nobles y sabios espíritus, cae desamparado de todas las gracias, sobre su propia sombra. Esta es otra forma de expresar lo que dije al principio de mi conversación; es un modo de volver a decir que fuera de la sinceridad cristiana, lejos de la devoción por nuestra propia pureza, no se encuentra más que la derrota. Conseguir tal convencimiento es el primer paso del plan que nos proponemos llevar a efecto. Sin este primer paso, sin este impulso hacia la realidad moral, lo demás es inútil; los conocimientos que respaldan el título de ustedes, sin él, les servirá, tan sólo, para ser personas más o menos listas, pero defec-

tuosas o malas. Y el sembrador no debe ir al campo de labranza a sembrar cizaña. Las escuelas de El Salvador les están esperando, no como cárceles: como templos. El Salvador reclama unción verdadera de ahora en lo que sigue, en las palabras y en los actos de ustedes; en la actitud profundamente desnuda de ustedes. De cada grupo de jóvenes que titula en sus colegios, tiene objetivada una esperanza generosa, una fe cierta, que ustedes no deben y no pueden torcer sin una honda vergüenza. Les hablo en nombre de su patria con la verdad en los labios y el agua en los ojos, porque en cada nación, en lo más hondo de ella, hay algo divino que nos pertenece a todos y que debemos defender todos con toda la bravura del alma. Si no fuera así, no tendría yo fuerza suficiente para exigirle al grupo, una honda fidelidad hacia todos los designios humanos.

Discípulos o colegas: no olviden que la verdadera sabiduría no está en el simple conocimiento mecánico de las cosas: recide, sobre todo, en la profunda belleza de la bondad. Lean con método, para buscarla pronto y más eficazmente. Mediten con orden para que la aprovechen mejor. Pero no dejen de buscarla día por día; hora por hora; instante por instante, al través de toda la vida. Sólo convencidos de esto, merecerán guardar con decoro en sus manos, el título de maestros. Tenerlo de otra suerte, no es motivo de orgullo; lo sería de pena. Quien no sienta este fervor por servir a los demás y por servirse a sí mismo en esta brega de la pureza, será, tarde o temprano, confundido en el dolor. Y yo no quiero que mis discípulos extravíen su camino, por falta de una palabra sencilla y sincera

que los prevenga; no quiero que ninguno de ustedes se malogre, con el pretexto de que no escuchó, alguna vez, una palabra llena de fuego, pero también de candor, que lo advirtiera, aunque su impulso haya procedido de un pobre espíritu lleno de defectos como el mío.

Ese es mi mensaje para el grupo que, en un movimiento de decisión juvenil, escogiera mi nombre como símbolo de lucha. Recójanlo con amor porque está hecho con amor y fundido en el deseo de que ninguno de mis discípulos que lo constituyen vaya al fracaso. Cualquiera de sus derrotas parciales habré de recibirlas con un temor paternal. Y no hablo de las otras, porque no las espero; y tengo una fe absoluta de que he sembrado semilla sana, que sólo el destino podría convertir en ceniza. Para terminar, me acojo a la fórmula consagrada de pedir que se levanten de sus sillas y hagan estos tres vivas conmigo: ¡Viva la Escuela Normal! ¡Viva El Salvador! ¡Viva Centro América!»

El eco jubiloso de las voces cundió el salón en donde escuchaban el discurso los alumnos-maestros. Y en algunos ojos resplandeció la paradójica sospecha de la lágrima.

He aquí otras palabras, entresacadas de algunas cartas, que hablan muy alto del interés que manifiesta por sus discípulos lejanos:

A Víctor Rubio. (En mayo de 1939.)

En hombres de su clase, esa angustia esencial de que me habla es necesaria. Sin ella, usted quedaría envuelto en una impotente quietud. Lo

que no debe olvidar Víctor Rubio, es la fe en su claro talento de escritor. La misma carta en que usted me expone sus dudas, revela, no sólo el poder de su pluma: además, el de su yo profundo.

Estoy esperando noticias de Manuel, de Cándido y sus otros compañeros: hace mucho que no me escriben. Sosa me escribió muy cariñosamente. Le noto poca ambición y ninguna aspiración. Malo: hay que obligarlo a hacer, por lo menos, una campaña constructiva en la prensa. Usted, Rubio, encárguese de mover a los que se vayan quedando dormidos. Haga usted mis veces frente a esta muchachada que ha de gobernar algún día los destinos culturales de El Salvador. Recuerde que los hombres de su fuerza deben darse a los otros, en forma sistemática y eficaz, durante largas épocas. Es una obligación divina hacerlo. Su enfermedad nerviosa no le impedirá realizarse usted mismo en una forma tan hermosa como la que le aconsejo, en nombre de nuestra raza. Hay muchos modos de hacerlo, sin herir el orgullo de los demás.

Espero que publicará muy pronto su libro de Preceptos o Sentencias. No me haga esperar más tiempo.....

Aquí está Viera Altamirano. Estoy procurando hacerle amable su vida en Costa Rica, dentro de mis pocas posibilidades actuales. Me siento obligado a realizarlo, como una forma de mi gratitud por El Salvador.

(En julio del mismo año.)

Recibo sus cartas con verdadero júbilo. Sus

progresos internos, visibles en ellas, afirman mi fé en la nueva concepción cultural que ustedes han de desenvolver en su país.

Su responsabilidad es inmensa: súfrala y gócela. El trabajo hará lo demás; la incomformidad sabrá ofrecerle los más sutiles motivos, los proyectos más densos, las victorias más decisivas. Usted debe ser más bueno que el medio en que vive; más talentoso que él; más exigente y más trabajador que él. Todo esto conforma, con majestad, la pasión de la gloria. El gran secreto está en ser sincero con uno y con el mundo: EN SER BUENO Usted lo sabe. El tipo de intelectual honesto es el más alto.

Espero sus preceptos con verdadera ansiedad. No me haga esperar mucho este regalo. Me alegra mucho lo que me dice de Manuel y de Bolaños. Creo que Ustedes deben comunicarse constantemente sus proyectos. Dirija usted el movimiento: hágalo por su patria. Hay un deleite inmenso en ser útil a otros espíritus en planos superiores. Disfrute usted de ese gusto de alimentarlo. Se sentirá más fuerte haciéndolo. Vendrán desencantos, pero no importa. Goethe era así y los sufrió hasta con el mismo Schiller. Pero aquel estaba sobre éste y lo ha seguido estando. Ud. debe colocarse, porque lo merece, en los planos más nobles. ¡Para usted quiero yo tantas cosas!

A Cándido Morales. (Septiembre de 1939)

No sabe lo que me ha hecho sentir su carta. Los recuerdos, tan dulces todos, que ha evocado en mi alma... Lo veo a usted tan sano por los

cuatro costados, tan límpido, tan puro, tan noble, tan artista, que me hace olvidar, por instantes, mi vieja y justa misantropía. Usted cogía al vuelo todas las alusiones de mi clase; usted vivía de lleno nuestras charlas del Cucurucho, tan sencillas todas, tan alegres, tan espirituales. Y cómo reíamos con Isolino, el travieso; o con el otro o el otro. Pero sabíamos que algo bueno quedaría de todo aquello. Y ese algo bueno atrajo a Rubio y a Lovato y a Sosa y a tantos más. Y nos encendíamos todos en un profundo deseo de superación que no ha de apagarse jamás. Atenas nos congregaba a todos en el nacimiento de cada libro. En fin, amigo mío, inolvidable Cándido, compañero de sanas y jubilosas correrías, que no hay una escena sola que haya olvidado de cuantas vivimos en Santa Ana. Volvamos los ojos a ella cada vez que deseemos mitigar una pena o avivar más una dicha.»

Fué, sin duda, Cándido, el alumno más querido por Vincenzi. Nativo de una aldea casi rural, sus modos de vivir eran los más sencillos; en sus relaciones, de tan sincero, llegaba a la ingenuidad. Nunca pudo bromear ni hacer ironía de ninguno. Sólo faltaba despertarle el talento, para hacer de él un magnífico maestro. Y esta fué la mejor labor de Vincenzi, en la conducta de este muchacho.

A Carlos Lovato. (Octubre de 1939)

«Su estado actual revela que hay una hoguera en el fondo de su alma. Cualquiera que sea la inquietud que encienda a su corazón de poeta y a su cerebro de pensador, el tumulto íntimo que siente es, más que un presagio de algo bue-

no, una realidad hermosa. Los hombres sin este fuego sagrado, son ceniza o escoria. Alimento, pues, con proyectos y con obras tangibles, su fuego interior. Insisto en que la inquietud que no se transforma en conducta, en sentencia o en poema, es un impulso fracasado. Y no hay que acostumbrarse a fracasar: debemos labrarnos la psicología del hombre que vence, tan característica en sus modalidades internas y externas. Debemos transformarnos, día a día, con el calor de los hornos divinos. Usted sabe que lo que le digo no es simple imagen literaria: he aprendido a hablar con hechos, a articular la lengua de la sinceridad bien alimentada y bien dirigida, en la esfera de los seres desnudos. Por eso amo tanto el acto, en sus formas supremas. ¡Hacer, he ahí el secreto!

Supongo que usted sigue cultivándose a la par de su esposa. Es una maravilla que nuestras compañeras lo sean de verdad, en todos los planos. De otro modo nos hacemos extraños al hogar. Y el hogar es la base de nuestras almas.

La mejor compañía que usted puede tener es la de Rubio: cultívela con toda la fuerza de su espíritu. La amistad es una bendición de lo divino. Si no somos capaces de cultivarla a fondo, perdemos el mayor de los descansos que le ha deparado el cielo al hombre. Desde la antigüedad se ha reconocido éste como uno de los fenómenos de la gracia divina. Para ser verdadero amigo hay que ser muy sabio; hay que ser grande..... Quisiera hablar mucho con ustedes dos, sobre esto. La camaradería literaria es uno de los mejores recursos para entabrar, bien hondo,

la amistad. Rubio y usted podrán entenderse maravillosamente. Partan del principio de que todos tenemos cosas malas que debemos dispensarnos: la tolerancia es imprescindible en esto. Pero procuren ser gratos, el uno para el otro. Díganse toda la verdad con amor, corrijanse, aconséjense, estimúlense, como si en la obra del amigo descansara la propia gloria. En el fondo es así.

Mucho me gustaría que leyeran, a fondo, juntos, una historia cualquiera de la Filosofía. Es tiempo ya de que hagan pasar frente a sus ojos, la maravillosa locura de las ideas humanas. ¡Ah, si yo estuviera entre ustedes, haría este magnífico trabajo de revisión ideológica!

Rubio: recibí sus lindas palabras en su libro. Me ha encantado saber que envió otro artículo a la revista América. Siento muchísimo lo de su enfermedad, pero veo que ha hecho lo del estoico: acostumbrarse a ella. Eso hacen los hombres de verdad: ver cara a cara el dolor y tratar de domarlo o aplastarlo. Me escribió Manuel: también es un horno. Pero hay que darle el sedante de la acción concreta. Haciendo cosas se pone una válvula de escape al espíritu. Escríbale. La madurez de su espíritu puede obrar milagros. Sé por qué se lo escribo.

Aprovecho esta carta para dos, por razones de economía: voy atravesando una zona difícil. Pero con una sonrisa en los labios. Mi alegría íntima es INVENCIBLE. Mi tristeza no es más que una aurora y un crepúsculo: acaso un poema: el de mi vida de lucha conmigo mismo y con el mundo.»

A Víctor Rubio. (Octubre de 1939.)

Su libro «Tras el Telescopio» me ha causado una profunda impresión. En él se advierte un plan medular de lucha en los dominios más delicados de la existencia: los de carácter moral. Ud. ha entrado, con él, a los planos en que el hombre afirma su propia vida frente a la tierra y al cielo. En muy raras oportunidades se presenta un caso afirmativo de moralista de esta índole, a su edad. Esto revela que la madurez espiritual puede ser, acaso, una prueba de la inmortalidad del alma: Ud. es más viejo de lo que supone. A ratos, en ciertos fragmentos, alcanza su pluma la excelsitud de pensadores famosos. Pero lo que más me halaga es su plan interno, su doctrina vitalista y su voluntad de dominio en las esferas de la teoría y de la conducta. Todo responde en este breviario, a las exigencias del trabajo, dentro de los fines más sutiles y más nobles.

Debo manifestar a Ud. que me siento muy orgulloso al verle crecer de este modo: Ud. une a la práctica el hecho. Y sabe que en este fenómeno actualizante se apoya el alma para crecer de verdad. Lo demás pertenece al vacío, a la indolencia de los caídos. No hago más que repetir lo que Ud. sabe en forma tan precisa, tan honesta, tan eficaz.

Mándeme más ejemplares del libro. Y créame que me ha dado con él, uno de los ratos más felices de nuestra amistad.»

A Enrique Sosa. (Enero de 1940.)

Mucho me alegró leer los magníficos informes de sus superiores. Esperaba buenas noticias

suyas. No me dice nada de sus lecturas. Su ortografía es mala. ¿Por qué? Estúdiela sistemáticamente. Es algo *muy serio* para un hombre culto. Insista.

Le mando este libro con Rubio, porque Ud. no me precisa su dirección. Hágalo. Es falso que yo lo haya olvidado. Es que yo no escribo a quien no me escribe. No por orgullo: por delicadeza. No debo provocar, artificialmente, mi correspondencia con Uds. Cuando les nazca de lo hondo escribirme, de inmediato contesto.

No le mando los otros libros que me pide, porque no tengo. Y estoy pobre para comprarlos. Estas ediciones me las hace la Providencia. ¡Si ustedes vieran estos milagros!»

A Víctor Rubio. (Enero de 1940.)

Gran alegría me causa saber que su librito ha sido bien acogido por los mejores. Lo merece de sobra. Cada vez tengo más honda fe en usted. Sé que otros triunfarán, a la par suya, en el grupo. Pero si sólo usted persistiera en su desenvolvimiento, sería suficiente. La Escuela Normal de Costa Rica, en veinticinco años de vida que acaba de cumplir, ha triunfado sólo por Carlos Luis Sáenz, gran valor nacional. No me cuento yo porque fui un rebelde en esa Escuela y me separé de ella, en fondo y forma. Allá hay más músculo humano; más fuerza interna. Por eso aunque hoy se me dará la dirección de un Colegio, en mayo, en Costa Rica, le aseguro que si se me diera un contrato por cinco años, me iría de nuevo a la Escuela Normal de El Salvador. Quiero a ese pueblo, y olvido, como usted lo ha

visto, la falta de comprensión que tuvo para mi obra, apenas iniciada en dos años ¿Qué no haría yo con ustedes ahí? Con mi grupo, con mi corazón mismo? El Salvador llegaría a ver, más tarde, un resultado asombroso. Ud. lo sabe..... Pero así son las cosas: seré Director en Costa Rica, sin ustedes. Y ahora le confieso mi estado de ánimo, porque tengo asegurada una posición buena aquí. Así ve usted mi desprendimiento y mi gran cariño por mi obra salvadoreña.

Espero otra obra suya lo más pronto. Sepa que lo admira y lo quiere, con toda el alma, Moisés Vincenzi.»

(En Septiembre de 1940.)

Mi admirado y querido Rubio:

Continúa usted poniéndole verdadero contenido al tiempo: usted sabe que debe publicar, al menos, un libro por año. Pero no es esto sólo: su angustia interior revela la calidad e intensidad de sus meditaciones. En su libro **ALMA ADENTRO** se siente su gran inquietud espiritual; su afán de perfección; su pujanza espiritual. No sabe cuánto nos agradó recibir este nuevo libro del grupo. Carlos Rodríguez y Solano y yo, nos pusimos al acto a leerlo y a comentarlo párrafo por párrafo. Encontramos pensamientos bellísimos, como el del águila y otros. Ellos le van a escribir en un momento que les deje la preparación de sus tesis de bachillerato.

Estamos en espera del nuevo libro de Lovato.

No olvide recomendar a sus colaboradores maestros, la preparación del material escolar que

tanto aviva las lecciones. Mejoremos la escuela salvadoreña con toda el alma. Pensemos en ella como en una cosa sagrada, con los ojos húmedos. No ignora usted que los míos se humedecen al decírselo.

Estoy encantado en usted y en quienes se preparan para la gran batalla cultural de ese país, donde tanto sufrí y amé. Y perdone estos arrebatos de mi pobre ternura. Su libro me los ha inspirado.....»

En febrero de 1941, el Ministerio de Instrucción Pública ascendió al cargo de Delegado Escolar a Manuel Gutiérrez, el maestro más integral del grupo y el más talentoso. Enardecimiento en los corazones de sus amigos por tan merecido triunfo. Uno de estos días llegó a las manos del nuevo Delegado Escolar, en su oficina, la siguiente carta:

Alajuela, 8 de febrero de 1941.

Mi querido Manuel:

No sabe la profunda alegría que me produjo la noticia de su merecido ascenso. Estoy seguro de que Ud. se ha dado cuenta perfecta de la nueva responsabilidad que ha asumido como patriota y como hombre. A su clara inteligencia no podrá escapársele que el trabajo intenso y muy bien dirigido es y debe ser el respaldo que justifique cada una de nuestras victorias. El hombre que no renueva su fe, su entusiasmo, su devoción por el progreso intensivo, no tiene derecho alguno de dirigir pequeñas o grandes masas de hombres. Sé muy bien que no hago otra cosa que repetirle lo que Ud. sabe de sobra. Pero es halagüeño

repetirse estas cosas que constituyen la fuerza cotidiana en todas las batallas de la existencia.

Destierre Ud. de sus escuelas la simple enseñanza sin sentido de elevación, que hacen los maestros que no han tenido la fortuna de encenderse. Ud. puede dar el ejemplo de sinceridad y de empeño sano que ellos necesitan. Y es muy satisfactorio, pasados los años, ver el reflejo de la propia personalidad en las gentes que han trabajado con nosotros.

No olvide trabajar mucho, en todo su circuito, por la fabricación del material escolar necesario. Tampoco olvide decirle a cada subalterno, las cosas buenas que hace y reconocérselas con fervor. Sólo el corazón sabe echar raíces hondas en las almas. Corrija lo malo cortésmente, hábilmente, de manera que no hiera el amor propio de los demás. Que digan de Ud., no sólo que es un hombre inteligente: además, y sobre todo, que es bueno por los cuatro costados. No hago más que repetirle cosas que Ud. practica ya. Pero la delicadeza de su nueva posición, me impulsa a recordárselas, con el ánimo de que las sitúe en primer plano. Se refieren estas ideas a la diplomacia que se impone en sus relaciones sinceras con los demás.

Recibí su otra carta, pero se me fué pasando el tiempo y no la contesté. Cuando esto vuelva a ocurrir, crea que mi pensamiento es capaz de responder al través del silencio. Carlos Rodríguez y Rigoberto Solano pueden decirle las veces que lo he recordado a Ud., poniendo en las imágenes una gran esperanza.

No quiero despedirme de Ud., sin insistir más en mi deseo de que estudie a determinados autores. Le recomiendo que agote la obra de Goethe. Es el hombre más discreto que he conocido en mi vida cultural. El libro de Ludwig sobre la vida y la obra de Goethe, puede servirle de introducción magnífica a su estudio. No olvide tampoco que leer la obra completa de un gran maestro, es un recurso de incalculables alcances para el desarrollo de nuestra cultura.

Reciba la felicitación más calurosa de este amigo suyo que lo ve crecer con el corazón lleno de alegría. Abráceme a Rubio, a quien no olvido un instante. Y a este Cándido, a quien tengo como a un miembro de mi familia. Moisés Vincenzi.»

Cuando le pidiéramos, recientemente, algunos datos sobre su obra y su vida, para escribir este ensayo de su personalidad, nos envió una serie de cartas. De ellas entresacamos los aspectos de más importancia.

«En 1918 fui nombrado Profesor en el Liceo de Costa Rica, donde expliqué Castellano y Geografía. En 1920 se me hizo Inspector de Escuelas en un Circuito de la capital, con cabecera en Escasú, donde viví durante siete años. En 1922 hice mi primer viaje al extranjero: fui a Méjico, donde el Ministro Vasconcelos me nombró Profesor de Lengua Nacional en la Escuela de Ingenieros Electricistas y en la Nacional Preparatoria. Volví a Escasú con el cargo de Cónsul de Méjico. En 1924 se me nombró Cónsul General de Costa Rica en Cuba. Volví pronto al país a continuar con mi cargo de Cónsul de Méjico.

Años después fui Profesor de Castellano en el Instituto de Alajuela, que dirijo actualmente. Además, expliqué luego esta materia en el Colegio Superior de Señoritas y nuevamente en el Liceo de Costa Rica. Obtuve el título de Profesor de Estado en el Ramo. En 1928 viajé por Inglaterra y Francia. En París publiqué mis Principios de Crítica Filosófica. Se me hizo en esta ciudad miembro del Comité France-Amérique. De retorno al país, volví al Profesorado. En 1935 hice mi jira de conferencias por Nicaragua. En 1936, por Panamá. En el mismo año, mi jira cultural por El Salvador y Guatemala. En 1937 y 38, serví la Dirección de la Escuela Normal de Maestros de El Salvador.

En 1937 se me nombró miembro de la Academia de Altos Estudios de Rosario, República Argentina. En 1938, Miembro Correspondiente de la Academia de Lengua Castellana en Costa Rica. Soy miembro del Ateneo de Honduras y del de Costa Rica. He publicado cuarenta trabajos. Soy, actualmente, (1941) Director del Instituto de Alajuela, desde la llegada al poder del Dr. don Rafaél Angel Calderón Guardia.

«Por dentro Ud. me conoce, amigo Rubio: lucho, con todas las fuerzas de mi alma, por ser bueno; por ser yo mismo; por ser útil a los demás. Y no escondo mis humanas flaquezas: odio la hipocresía de ciertos apóstoles. Quiero ser hombre y nada más que hombre. De mis últimos años le diré que he escrito trece trabajos; he amado, he sufrido, he creado. Y veo, cada vez más hondo, el curso de mí mismo.

Lo demás lo sabe Ud. Usted sabe interpre-

tarme sin prejuicios; en usted apoyo mis sienes como sobre el pecho inmaculado de un hijo.»

En otra carta:

«Acerca de mi audacia filosófica dice Eugenio Noel: «Vincenzi, el innovador en Filosofía, espíritu audaz muy de nuestro tiempo.» Es muy digno de recordarse lo que dice el filósofo colombiano Dr. Luis López de Meza, sobre mis ideas: «Lo que he consultado de su obra, el diálogo de Paulino, es un esfuerzo gigantesco que alcanza en veces a hacerlo pensar a uno fuera del plano de la ideación normal, sugiriendo una esfera lejana, como el eco de apartadas y aun incógnitas regiones de la psiquis.» Véase si nuestro medio será capaz de saber por dónde andan mis pies. Por eso lo desdeño con piedad y con tristeza; y por eso acaba el Congreso de Costa Rica de rechazar la solicitud que hicieran los escritores y artistas americanos desde la Habana, para que se me diera una pensión con el deseo de que me dedicara exclusivamente a escribir. Un pez que nada en el barro se ahoga o salta al mar.

Así se explica mi deseo continuo de viajar, de irme lejos..... El complejo de Ulises atormenta mi espíritu. A nadie le hago mal, ni a mis enemigos, a quienes dispenso cariñosamente muchas veces. ¡Qué van a saber ellos de mi sentimiento, de mi pensamiento, de mi vida! Por eso callo ante sus ataques.

Como hombre tengo siempre, en lo posible, mis manos y mis brazos abiertos. No creo en los grandes hombres innobles: me dan una profunda tristeza. Preferiría el silencio y el olvido, a ser

un malo célebre. Mi caso es ético, moral por los cuatro costados, a pesar de mis errores y de mis pecados de hombre. El corazón lo arrastra a uno, en oportunidades, por el cieno. Pero siempre he regado este cieno dolorido, con mis propias lágrimas, con mi terrible angustia. Mi ideal en esto podría resumirse así: quiero ser un hombre noble de verdad, útil para los míos y para todos. Si he de alcanzar gloria alguna vez, la envolverá siempre una luz amorosa y tibia llena de bondad.»

«Deseo explicarle, en lo posible, mi actitud de educador, con el fin de que usted compare sus observaciones con el curso de los sucesos que tanto me unen a la nueva juventud salvadoreña.

Mi espíritu es, por razón de mi mezcla misma de razas y por razón de cultura, universalista. Tanto me interesa la suerte de un chino, de un negro, como de un indio o un blanco. Frente a ellos no siento más que la emoción de ser hombre, en el más alto de los sentidos. Sus alegrías me llenan de júbilo y sus dolores, de honda piedad. Como usted ve, soy un gran emotivo. Al llegar a El Salvador, me sentí en mi propia casa aunque no faltara quien me rechazara como a un extranjero. A todas las razones alegadas se agregó la de ser centroamericano. En las aulas sentía ese intenso fervor del que desea educar hondamente. Por eso, en el desfile realizado en un 15 de Septiembre, en Santa Ana, se me humedecieron los ojos cuando ví la bandera salvadoreña y escuché su himno inolvidable.

No podía comprender yo cómo ciertos elementos habían transformado la escuela normal en un mercado, sin el menor asomo del gran sentido

de responsabilidad humana y pedagógica que debe envolver todos los actos del verdadero maestro. Usted sabe por qué renuncié en absoluto en la Escuela Normal, a manejar sus fondos. Y los deposité en una junta económica compuesta de cuatro profesores y de cuatro alumnos. Cosa que he repetido en Alajuela en forma diferente: nombrando un contador que es el encargado de mover el último cinco del Instituto. Es que la probidad en materias económicas es cosa tan fundamental para asentar la decencia de un maestro, que sin ella no puede existir el tal maestro. Si el hombre vulgar se reconoce al punto por el egoísmo material que lo distingue, en cambio el hombre superior, todo desprendimiento, todo cordura, todo esplendidez, se advierte por el modo de administrar los objetos, más o menos valiosos que lo rodean. Considero esa actitud mía, aunque no lo parezca a simple vista, como un elemento de fuerza enorme para inspirar confianza entre los discípulos.

No quiero ni debo trabajar en el aula, teatralmente, para la conquista de un presente efímero, sino, más bien, en favor de los otros, para la victoria de un mañana diáfano y seguro. Y ustedes están viviendo ya ese mañana y por ello harán en El Salvador, una gran campaña en favor de los más grandes ideales del hombre. Eso fue lo que trabajé en la Escuela Normal y es lo que estoy viendo florecer, lleno de profunda ternura, en las manos de ustedes.

Les expliqué los tres patios de la psicología del líder, con el ánimo de que jamás dejaran de moverse en el de los objetos, donde se vive la vida auténtica, la esperanza efectiva, el amor

real e ideal a un mismo tiempo, de las cosas superiores. Y luego, en mi Filosofía de la Educación, les dije cómo las ideas, los sentimientos y los actos de voluntad se mueven en diferentes planos, dentro de una gama de valores que es preciso reconocer, a grandes rasgos al menos, si se desea impartir una cultura bien dirigida. Es decir que no me he conformado con darles cosas ya digeridas por mí mismo, sino además, motivos de interminable meditación para ustedes, en que su espíritu creador crezca, florezca y fructifique. En esto podrá advertir, mi admirado Rubio, cómo no deseo dogmatizar a mis discípulos, tiranizarlos dentro de cristalizadas doctrinas. De esta actitud última no me desprendo un instante. En cambio, rechazo con toda la energía posible las tendencias hipócritas de compañeros y alumnos, hasta llegar a la indignación. Es que el educador debe ser un guerrero contra los episodios macabros de la mascarada.

En suma: sinceridad, sentido de la responsabilidad, autenticidad en pensamientos y obras, constituyen mi credo raigal. Lo poco bueno que hay en mí, en mi calidad de maestro de jóvenes, reside en esta creencia tan sencilla al parecer, pero tan honda en sanos efectos.

No puede haber un maestro de mirada oblicua; no puede haber maestro alguno si no está encendido en un verdadero amor por los hombres; no puede existir, si es aparatoso en sus palabras, en sus ademanes, en sus actos; no puede existir si no es probo, si no es directo en el pensamiento y en cuanto haga. El maestro oblicuo no puede inspirar confianza ni establecer campo de comunicación con el medio en que trabaja. Ha

de ser simple, sencillo, práctico, idealista, fuerte, tierno, activo, tenaz. Ha de ser, por tanto, esencialmente un hombre.»

«En lo que respecta a mi actuación en el Instituto de Alajuela, le refiero que le renuncié al Presidente electo en esos días, el puesto, porque yo no deseaba sustituir a un viejo compañero de trabajo. Se me dijo entonces que ese compañero no quedaría de ninguna manera en la dirección mencionada, cosa que se le comunicó a él. Me resolví a ir al puesto y me encontré a la ciudad llena de rótulos que pedían se les conservara, a todo trance, al viejo director. Llegué un viernes y entré, apenado, por la puerta llena de papeles de esta clase. En ese día traté de arreglar y la arreglé efectivamente, la situación del compañero de puesto: le dejé sus clases en el Instituto, le dí mi propia casa para que viviera en ella; le aumenté las clases a su yerno; y no satisfecho con todo esto, puse en sus manos el manejo de la economía del colegio, como usted sabe que lo hago siempre para seguir mi invariable principio de una probidad absoluta en materias económicas. Por esta posición le hice, además de lo otro, un sueldo de ciento cincuenta colones. En esa forma quedaba mi corazón tranquilo. Al día siguiente, como a las nueve de la mañana, algunos alumnos reventaron una serie de bombas como protesta contra el cambio del director. ¿No le revela esto el profundo desconocimiento que tiene mi país de mi forma de trabajar? Al oír las bombas, ordené que se reunieran todos los alumnos y profesores en el salón de actos públicos. Allí les dije las siguientes palabras: «Veo con el ánimo conmovido que la juventud de mi

patria me desconoce totalmente. Pero el hecho de que se me rechace en esta forma, crea una situación moral que debo de decidir con toda la dignidad de un maestro. Soy un hombre pobre, con veinte meses de cesantía, y sin posibilidad alguna de colocarme en un puesto semejante a este. No obstante, pongo la suerte de mis hijos en las manos de ustedes: me iré del colegio si en el plesbiscito que van a hacer ahora en sus aulas, no alcanzo la confianza de ustedes. Vayan a sus aulas y voten de acuerdo con su conciencia. No tengo ningún nexo con los profesores que van a dirigir la votación. Deberán ir a controlarla, dos jóvenes que ustedes designen. Vayan a sus aulas.»

El resultado del plesbicito arrojó estos números: 293 votos favorables, por 43 en contra. De nuevo en el salón de actos, les dije que desde aquel instante me sentiría su director de verdad. Es decir que a las diecisiete horas de haber llegado a Alajuela, había resuelto yo aquel grave problema moral, demostrando, una vez más, que no hay nada más eficaz en el mundo que la dignidad.

Quienes pensaron que yo colmaba de atenciones al viejo director con el ánimo de ganarme a la ciudad, se convencieron de que los puestos no determinan jamás para mi espíritu, los actos más íntimos de mi corazón de hombre sincero. Ni siquiera fui presentado ante los jóvenes por el director que se iba. Pero eso no me importó nada, comprendiendo que su deseo de quedarse en el puesto era, desde su punto de vista, legítimo. En el fondo, la ciudad que lo pedía estaba representada por el voto de 43 jóvenes.

Durante el resto del año hice mejorar mucho el aspecto material del edificio, cosa que reconoció inmediatamente, el medio. Al final del curso, la mayor parte de los 43 jóvenes adversos, se habían acercado a mí a fin de manifestarme toda su simpatía. Pero esto culminó en el acto público, cuando los alumnos [titulados me entregaron una hoja impresa, firmada por casi todos ellos, en que se resolvía darle mi propio nombre al grupo. Terminé el año, por tanto, con un triunfo muy halagador para mí.

Eso es cuanto debo contarle, acerca de mi actuación pedagógica actual. Creo que el antiguo director de la Normal Salvadoreña, ha correspondido a lo que de él esperan todos ustedes, siendo sincero y digno de acuerdo con sus ideas predicadas acerca de la sinceridad y de la dignidad profesionales.»

Ahora queremos terminar este breve ensayo, sobre la personalidad integral de Moisés Vincenzi, transcribiendo, a continuación, el texto del discurso radiodifundido por él mismo, desde San José, el 10 de diciembre de 1939, para sus discípulos titulados en la jornada de 1938.

Dice así:

EL MENSAJE DE LA SINCERIDAD

«Un día, abandonado una vez más por mi patria, tomé el rumbo que habría de conducirme a la República de El Salvador. Buscaba el amparo en tierras, aunque más por el afecto, lejanas. En el dolor que me deparaba el destino,

confiaba en que la providencia me imponía un nuevo esfuerzo de amor por los hombres. Siempre pensé, y sentí en lo más hondo de mi alma, que nada ocurre al capricho. Y era esta idea la que, en el fondo, me daba la investidura del misionero; la que hacía estremecerse mi corazón por el extraño afán de cumplir un designio secreto, puesto más allá de mi propio problema, más allá de la intranquilidad que me producía el abandono de mi esposa y de mis hijos; situado sobre la propia elíptica de mi vida. Por esto mi tristeza se transformaba en sangre pura y mis lágrimas en fuego. Y así llegué, encendido, a la ruta de ustedes. No hice otra cosa entonces que llamarlos en torno de la pira con el imperativo deseo de serles útil sobre el dolor mismo del abandono con que lo divino probaba mis fuerzas en la amarga iniciación del exilio. Es decir, que una paradoja hacía sonreír para lo alto los gajos de mis heridas. En esta actitud pude ofrecerles la primera lección, fuera de la pompa del festival inútil y de las vanas palabras; la de la sinceridad, trasegada en la lucha, en el combate contra la pequeñez inocente de los míos; de la batalla contra el obstáculo que mi idealidad íntima ha levantado, como un muro, en mi senda. Al modo de una columna se irguió entre nosotros, después de esta experiencia silenciosa, pero indefectible en sus propósitos, la fuerza que nos impulsa hacia la filosofía integral que nos congregaba en la charla platónica, fuera de la hora ordinaria de clases; la determinación que nos hace escribir libros y depurar, día a día, nuestro anhelo de mejoramiento; el vigor que los ha reunido a ustedes para trazar nuevos planes de trabajo en la capital del país, y que me ha acercado, en estos ins-

tantes, al micrófono, con objeto de recordarles los pasos del principio que han de ser sucedidos, en sutil ascenso, por los de mañana. Es decir, que todo cuanto ustedes vieron desenvolverse durante aquellos dos años era removido, en lo más hondo de los espíritus, por aquello cuya ausencia hace perecer a los hombres en los campos de batalla y mutila, enferma o aplasta, la belleza del bien: por la SINCERIDAD. Y pudimos darnos cuenta de que todo lo bueno está reatado, por un anillo más poderoso que el hierro, a esta palabra. Y que alimentarla en la práctica, lejos del gesto y de la falsa retórica, es una tarea gigantesca en la que perecen casi siempre los hombres mejor dispuestos, los más instruidos y los más fuertes. Examinando la psicología de la sinceridad aprendimos a vivir mucho por dentro y a externar apenas lo indispensable, con el fin de no disipar el acervo íntimo de nuestras ideas, de nuestros sentimientos, de nuestra voluntad dirigida técnicamente hacia la victoria. Examinándola advertimos que nuestra mirada resplandecía en forma más pura y más eficaz; que nuestros actos obtenían una dirección concreta; y que todo lo que dentro de nosotros y fuera de nosotros era cosa postiza, caía, en el pavimento, transformado en miseria y en polvo.

Por esto redujimos al mínimun el número de los discursos y de las fiestas; abandonamos, asqueados de toda falsía, el tono doctoral de la cátedra; y empezamos, como por un milagro, a sustituir al hombre postizo por el humano. Luego fuimos descubriendo que la sinceridad, animada y alimentada en esta forma, nos traía el regalo de una fiesta nueva, con un sentido más fe-

cundo que el del carnaval retórico en que viven engañados, generalmente, los hombres. De esta experiencia dedujimos que lo alegre es una derivación única de lo verdadero y de lo puro: de ningún modo de lo otro. De serio y austero que empezó a ser nuestro colegio, pasamos al ideal del maestro en llamas, cuya consigna escribimos con nuestros actos y con nuestra laboriosidad incansable, en las almas de todos. Recuerdo conmovido la sencilla reunión hecha en mi propia casa, cuando apareció el primer libro del grupo. Recuerdo cómo se sucedieron después, en forma análoga, las otras fiestas, que el mejor maestro de El Salvador calificó de helénicas, en fecha memorable para la Escuela Normal. Habíamos logrado, al fin, conocer que los sacrificios de la sinceridad vivida profundamente, conducen, como por un sortilegio, a la única alegría sana que existe: la del hombre que sabe vencerse a sí mismo con el trabajo, con la sobriedad, con la inteligencia de quien desea lo esencial sobre toda vana apariencia. ¡Qué fácil transformarse en un apóstol verbal! ¡Qué simple y engañoso camino el de las meras palabras! Y lo peor no es, precisamente, que engañemos, con ellas, al amigo, al enemigo, al hermano, a la sociedad; lo peor está en que enredamos con la mentira, como con una madeja de hilos de acero, al propio yo; lo torcemos y lo hacemos pedazos mintiéndonos a nosotros mismos. Mal negocio el de hacerlo; y peor el de no reconocer su desgracia. A esto, dicho tantas veces y vivido tan pocas, llegamos en el análisis del problema íntimo.

Cada uno se destacó, en cuanto lo permitieron sus capacidades, después de esta obra de reconocimiento psicológico, sobre su propia virtud,

como sobre un plinto metálico. Y vino, más robusto que nunca, el deseo de crear, y el camino para realizarlo, dándole a la idealidad un arranque realista; y, a lo real, un soplo de esperanza que lo transfundiera en cosa divina. Así aprendimos la lección de que el idealismo sin proyecciones a la realidad es tan precario como la doctrina de Sancho desconectada del ensueño y del amor a la gloria. De esta suerte llegamos a conocer que antes de ser maestros, orientadores de los niños y de los jóvenes, hemos de ser HOM-BRES. Y en eso están ustedes; y en eso estoy yo.

El reconocimiento de nuestros defectos fué uno de los capítulos más interesantes de nuestra vida analítica. Ustedes vieron y sufrieron los míos, tanto como los del grupo entero. Por mi lado conseguí con ello no ser, ante mis alumnos, un simulador; y adquirí el derecho, después de reconocer dentro de la colectividad los míos, de analizar, con igual dureza y amor, los ajenos. Sólo una cosa se perseguía infatigablemente entre nosotros: la falta de sinceridad. Y como consecuencia de este trabajo esencial, la pereza, el escamoteo, la inseguridad ética, el homenaje insincero, la promesa sin respaldo, la perfidia, el desorden, la falta de respeto al amigo y al enemigo, la ausencia de un patriotismo constructivo, la envidia, el egoísmo destructor, la calumnia, la falta de caridad y, finalmente, el descreimiento de lo divino. El nombre de Dios fué articulado, en nuestras clases, después de estudiar las pruebas de su existencia—¡oh pobres criaturas!—con los ojos llenos de lágrimas; con la convicción profunda, más que otra alguna en la tierra para nosotros, de que sin él todo carecería de sentido;

de que sólo él puede salvar, más allá de la razón, del salvajismo y del abandono, a las masas humanas. Es que no puede haber escuela sin la moral de este gran sentimiento; no es posible enderezar la conducta de nadie sin él; no hay rectitud, ni alegría, ni amor sin él.

Sé que esta última experiencia educativa los salvará a ustedes del pesimismo, del escepticismo y del materialismo contemporáneos. Ustedes tienen poetas para cantarlo, artistas del lienzo para pintarlo, músicos para sublimarlo y un filósofo para traducir esto en sentencias y hacerlo vivir con el arrebató de los meditadores antiguos. Así de fecunda es la sangre salvadoreña, por la que pelean en todas partes, en los concursos de la sinceridad y del talento. Dichoso país, que cuenta con maestros de escuela como ustedes; con el dinamismo, a prueba de todo cansancio, de ustedes; con la fe de ustedes; con la sinceridad de ustedes; con las facultades de ustedes; con el patriotismo de ustedes. Me enorgullezco profundamente al saber que el señor Subsecretario del ramo no ha tenido temor alguno de elevarlos, desde el principio de su carrera, a puestos delicados. Sé, de antemano, que ustedes corresponderán, con largueza, a semejante acto de confianza. Se les ha demostrado que la pureza en el manejo de la propia cultura tiene, en El Salvador, ojos que la vean y oídos que la transformen en música. Cuanto mejores sean, mayor justicia recibirán; aunque, en algunos casos, no se les diera los puestos que merecen por su inteligencia y por su virtud, sabrán esperar, con una activa paciencia, el instante de la justicia. También hemos aprendido a ser puros, no sólo para

hacer tal justicia: además para que se nos suministre, para bien nuestro y de la colectividad en que vivimos. Y ahora, amigos míos, después de este resumen que deja la imagen de un simple esqueleto de cuanto hicimos o pretendimos hacer, llénenlo ustedes con la carnadura del músculo, con el secreto del tendón y del nervio, para que se eche a andar, cada vez con mayor gallardía, por todos los caminos del mundo. Agregue cada uno lo mejor que tenga de sí mismo, lo más fuerte y lo más claro de su corazón y de su cerebro para que su conjunto se transforme, en bien de Centroamérica, no sólo en un símbolo: además, en el hecho individual y múltiple de la experiencia humana. Nuestro plan se distingue precisamente porque huye, no sólo de lo impuro, de lo torcido: también, y sobre todo, porque desea traducir, y traduce, en acto inmediato, el ideal humanista que nos impulsa.

Quisiera haberles dicho estas sencillas palabras, no a tantas millas de distancia: en frente de ustedes mismos, para mirarlos a los ojos e internarme dentro del yo de cada uno. De este modo les repetiría, con todo el entusiasmo y el fervor de un maestro de verdad, si esto fuera posible, el consejo que alguna vez hubiera interpretado en presencia de su realidad íntima, para bien suyo y de la comunidad en que se desenvuelven. Pero es propio alzar la voz, en esta despedida, dedicándola a todos, con las fuerzas enteras de mi alma, como si fuera una llama inmortal.

¡Dios los conserve siempre sinceros y fuertes, en esta misión que intenta elevar la vida hasta EL! Que en EL, todo es digno del mayor sacrificio!»

EPILOGO

UNA carta recibida, luego de haber puesto punto final a este estudio sobre Vincenzi, nos obliga a prolongarlo en este breve epílogo. La carta en cuestión viene firmada por Manuel Gutiérrez, ex-alumno del Maestro, y uno de los más agudos talentos salidos de la Escuela Normal de El Salvador.

Entre otras cosas, Gutiérrez aborda el caso de Vincenzi de esta manera:

«Sonambulismo, vislumbres, olas. He ahí EL CONOCIMIENTO. Vincenzi se ha convertido en esta su última obra en un poeta filosófico. Un niño que juega con vidrios de colores. Sus poemas, como filosofía, no llenan un ápice del vacío interior. Como poesía, no valen lo que un beso de mujer. Don Moisés vive en mí con calor de Maestro. Pero a él no quiero compararlo. Que sea una señal dentro de mi face romántica. Estoy refiriéndome al filósofo. Quizá sea porque soy un diletante, pero Vincenzi me da la sensación de alguien que se queda discutiendo con un contrincante que se marchó hace un momento. Su verdad no tiene discusión: se refugia siempre a la sombra de la Síntesis eterna. Grita y vocifera como Benito Mussolini a la sombra de Hitler. Hay mucho de puerilidad italiana en su trascendentalismo infinitista. Es un hombre que aprendió a decir *nada* lógicamente. Su filosofía no es alegre: pasma, descontrola, subyuga. Y si lo se-

guimos en la parábola de fuego, nos quedamos en nada, como al principio. Quien rompe las antenas del insecto clásico se pierde irremisiblemente. Es un alarido de protesta en la sombra, un fuego fatuo, una visión de angustia, cualquier cosa anormal, pasajera.

«Nuestro momento humano actual es de crisis. La Humanidad no sabe lo que quiere. ¿Qué buscamos entre esa diversidad compleja de la civilización? ¿Qué pretendemos hallar en esa intemperie sistemática, donde para hacer el viaje mínimo del yo al soy se cruza una inmensa parábola, que al fin de cuentas fué innecesaria? ¿Qué buscamos sino la guerra, la inseguridad política, el complejo económico, la crisis de la ética y de la estética? ¿Y qué es todo aquello sino ínfimas fortalezas clásicas flotando en el aceite relativo?»

No es la primera vez que Gutiérrez discute a Vincenzi. Lo hacía con frecuencia, cuando fué su alumno en la Normal. El maestro, amplísimo como es, terminaba con un abrazo o con una sonrisa, la polémica. Nosotros, en esta ocasión, contestamos lo siguiente, al amigo Gutiérrez:

Lo que dices de Vincenzi está bastante acertado; pero, ¿podemos inculparlo de provocar, intencionalmente, el descontrol y la angustia en el alma humana? ¿Es acaso el único en este camino de sombras engañosas? Vincenzi no ha hecho más que ponerse a la altura de su época: época de destrucción, cuya característica principal es la contradicción en todos los planos del espíritu.

Sin embargo, miremos su vida, para dar el último toque a su estudio. En su vida ordinaria

se cuida de no conceder plenos derechos a su mente antinómica; es decir, que sus actos morales no los desprende, en modo alguno, de su ideario antinómico. Se sujeta, en este respecto, al antiquísimo credo cristiano. Si consideramos de mayor valor la conducta ética de un hombre, que su ideario, Vincenzi resulta ser, en esencia, más clásico que antinómico. Su mente ejerce muy poca presión en su conducta. Esta acata el clasicismo, más que muchos defensores de esta doctrina. En un lugar secreto de su conciencia se sospecha perennemente un credo salvador, equilibrado, armónico, el cual le señala sus normas de vida. Lucha por ser apolíneo. Vincenzi tiene, pues, a despecho de su orgullo filosófico, sólo un barniz antinómico, como la época misma. En su interior se yergue un mármol heleno, que no está en *desbordamiento perpetuo*, ni se *desploma con estrépito*, ni *fluye sin cesar al modo de una catarata*, frases tuyas éstas que elabora más por afición literaria y por amor a las imágenes, que por convicción profunda. Como tú mismo dices, es un *poeta filósofo*. Es más: un poeta metafísico. Se sirve de las ideas más elevadas para formar sus poemarios. Nadie, después de Platón y de Nietzsche, había revelado el color y la música de los conceptos, de modo tan subyugante.

FIN.

